

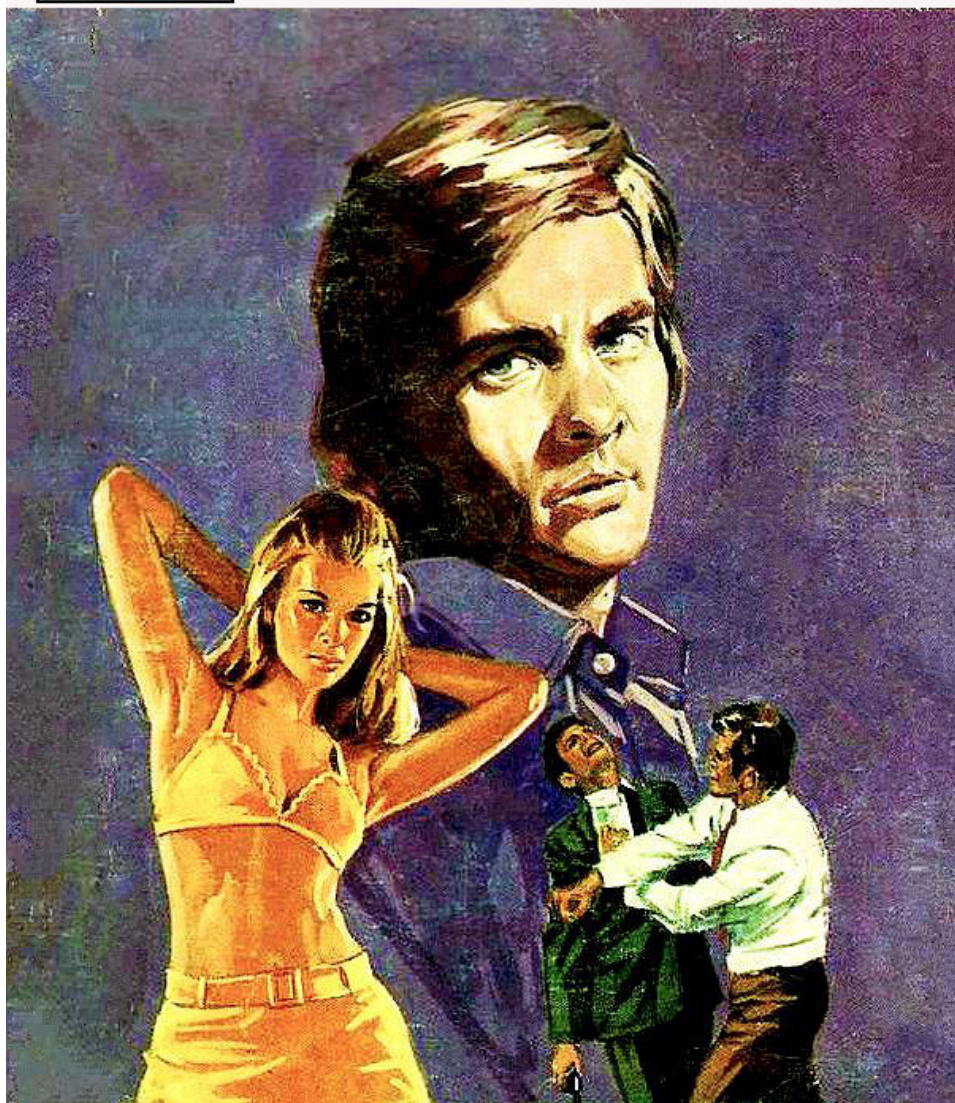
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

jungla de millonarios

ray lester



El agente de la Oficina Federal de Investigación, Keith Lorimer, fijó los ojos pardos en el inspector Tom Hudson, sentado al otro lado de la mesa, y compuso una mueca sardónica, muy peculiar en su agresiva personalidad.

—¿Así de sencillo es el asunto, Tom?

Hudson aventó el aire, dando un manotazo.

—Deja los sarcasmos, ¿quieres, Keith?



Ray Lester

Jungla de millonarios

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1320

ePub r1.0

Lds 27.08.18

Título original: *Jungla de millonarios*

Ray Lester, 1975

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El agente de la Oficina Federal de Investigación, Keith Lorimer, fijó los ojos pardos en el inspector Tom Hudson, sentado al otro lado de la mesa, y compuso una mueca sardónica, muy peculiar en su agresiva personalidad.

—¿Así de sencillo es el asunto, Tom?

Hudson aventó el aire, dando un manotazo.

—Deja los sarcasmos, ¿quieres, Keith?

Lorimer asintió, parsimonioso, y, uniendo las yemas de los dedos ante el cuadrado mentón, expuso:

—Vamos a ver si lo he asimilado, Tom. Tengo que proteger a una persona, cuya identidad desconozco, para que no sea asesinado por un miembro de MOSSAD. Y para mayor claridad, tampoco conozco el nombre ni el sexo, del fanático perteneciente al Servicio Secreto israelí. ¿Es eso exactamente?

El robusto inspector Hudson emitió un gruñido, y sus agudos ojillos se clavaron en el rostro de Lorimer.

—Algo así, Keith. Sin embargo, sabemos el lugar concreto donde intentarán asesinar al antiguo miembro de la SS nazi.

Keith Lorimer chasqueó la lengua, incrédulo.

—Oye, Tom, han transcurrido treinta años después de la Segunda Guerra Mundial. ¿No se tratará de un tipo que quiere divertirse a costa de nosotros?

—No, Keith. La confidencia ha sido comprobada en todos sus puntos, y existe un noventa por ciento de probabilidades de que sea cierta. En el campo de exterminio de Treblinka, hubo un teniente de las SS, llamado Peter Weser.

—Allí murieron centenares de judíos, ¿no?

—En efecto.

—Pues, por mí, puede pudrirse ese Peter Weser o como se haga llamar ahora. ¿Desde cuándo nuestro Gobierno se dedica a la protección de asesinos nazis, Tom?

El inspector Hudson hizo una pausa, antes de aclarar:

—El teniente Peter Weser no fue un asesino, Keith.

—¿No? ¿Y a qué se dedicaba, en Treblinka?

—Por aquel entonces, Weser tendría veinticinco o veintiséis años. Era un idealista, y eso lo llevó a cometer el error de alistarse a las SS de Himmler. Más tarde, se dio cuenta de que sus camaradas eran unos criminales monstruosos, y se dedicó a prestar ayuda a los judíos, en las medidas de sus posibilidades. Disponemos de testimonios fidedignos de que salvó muchas vidas judías, actuando en la sombra.

Keith arrugó el ceño.

—Entonces, ¿por qué lo quiere liquidar MOSSAD, después de treinta años?

Hudson encogió los hombros.

—Lo ignoramos, y es otra cosa que deberás averiguar. Sabemos que Peter Weser se halla residiendo en Estados Unidos desde hace unos veinte años. No hemos podido averiguar la identidad bajo la que se oculta, pero estará, el próximo fin de semana, en Villa Edén.

—Donde se convertirá en su panteón, ¿eh?

—Siempre que tú no lo evites, Keith.

—¿Y cómo quieres que lo consiga, infiernos? Tampoco sabemos el nombre de la persona que lo hará. Ni siquiera si es hombre o mujer. ¿Me supones un superdotado?

—Con algunos defectos, eres nuestro mejor agente, Keith.

Hubo un silencio entre los dos hombres, y Lorimer miró, frunciendo los labios a su amigo, el inspector Hudson.

—¿Vas a sermonearme de nuevo, Tom?

—Tengo que hacerlo, muchacho. En Villa Edén se reunirá gente selecta de nuestra sociedad. Ya sabes..., la hija de un senador, un *play-boy*, cuyo padre puede bañarse todos los días en petróleo, un diputado y su esposa... Tendrás que cuidar tu lenguaje, demasiado agresivo y directo, Keith. Son personas influyentes, que pueden plantearnos problemas, en las altas esferas.

—Ya —cabeceó Lorimer, y agregó, mordiente—: Son personas influyentes, pero eso no quita que entre ellos se encuentren un ex

oficial de la SS y un fanático del | Servicio Secreto israelí, ¿no?

—Pero no sabemos quiénes son, Keith. Y hasta tanto estés seguro, tendrás que moderar tus palabras.

Lorimer soltó, un resoplido.

—No lo haré, Tom.

—¿Cómo dices?

Lorimer se incorporó, y señaló el cajón superior de la mesa tras la que se encontraba Hudson.

—Hace más de seis meses que tienes mi dimisión en ese cajón, Tom. Ya puedes comenzar a darle curso. Te dije que lo hicieras a raíz del caso Watergate. La política de este país está corrompida, y nosotros formamos parte de ella. Desde este momento, me considero dimitido.

El robusto inspector Hudson se incorporó también tras la mesa, y sus agudos ojillos fulguraron bajo las espesas cejas. Mostraba el rostro congestionado, cuando dijo bruscamente a Lorimer:

—¿Qué diablos tiene que ver la política con nosotros, Keith? Somos agentes de la ley, y nuestro cometido es hacerla respetar y jugarnos la piel, en defensa del contribuyente. Eso es todo. No pretendas involucrar la política, equivocada o no, con nuestro cometido. Son dos cosas diametralmente opuestas. Por fortuna, no pertenecemos a la CIA. Nuestra labor es bastante más simple que la de ellos.

Lorimer estuvo unos segundos soportando la dura mirada de su jefe y amigo. Luego, acabó dando una brusca cabezada.

—De acuerdo, Tom. Nos jugamos la piel por el contribuyente. ¿Tenemos que hacerlo con un ramo de flores en la mano?

—Sólo te pido que moderes el lenguaje barriobajero que posees cuando te pones mordaz, Keith.

—Es que soy un producto de los barrios bajos, Tom no puedo evitarlo. Si la gente influyente de Villa Edér puede llegar a sentirse molesta por mi presencia, será mejor que envíes a otro.

Hudson suspiró, dejando escapar el aire de sus pulmones ruidosamente.

—Tienes que ir tú, Keith.

—Está bien, pero luego no te quejes, ¿estamos? Actuaré como siempre; a mi manera.

Hudson acabó por encoger los hombros, resignado.

—Muy bien. Correré el riesgo de que nos den una patada en el trasero a los dos.

Keith Lorimer dejó transcurrir unos segundos, antes de inquirir:

—¿Cómo entraré en Villa Edén? ¿Seré el jardinero mayor o me tendré que conformar con ser el cocinero?

Tom Hudson fue explicando pacientemente:

—Entrarás en la residencia en calidad de amigo personal de Tessie Larson, la anfitriona. Ella te presentará a sus amistades como a un compañero de estudios, procedente de California. Toda esa gente se reúnen los fines de semana y lo pasan en grande, porque tienen dinero para ello. Cada semana lo hacen en la mansión de uno de los componentes del grupo, y en esta ocasión le toca a Tessie recibirlos.

Lorimer entornó los párpados.

—Lo pasan en grande, a base de drogas y todas esas bagatelas, ¿verdad, Tom?

El rostro del inspector Hudson se endureció levemente.

—Tu trabajo consiste en descubrir a Peter Weser, y sacarlo de allí, antes de que lo maten, Keith. Sólo eso.

—Y si me ofrecen cigarrillos de marihuana... ¿Te los guardo para que los saborees con tu mujer, o rae los fumo yo?

—Deja los sarcasmos, de una cochina vez, Keith —recriminó Hudson—. Cuando concluyas tu misión podrás hacer constar en el informe lo que estimes oportuno. Pero entretanto no debes olvidar cuál es realmente tu cometido.

—¿Sabe Tessie Larson quién soy?

—Desde luego. Está al corriente, y tratará de ayudarte en lo posible. Es de nuestra entera confianza.

—Así sea.

—Te reunirás a las once de la mañana, con ella. En su apartamento de Long Square. Desde allí, volaréis a Villa Edén y seréis los primeros en llegar.

Keith frunció el entrecejo.

—¿Volaremos?

—Desde la terraza de los apartamentos, un helicóptero, —pilotado por ella misma, os conducirá.

—Sabrá manejarlo, ¿eh?

Hudson extrajo una fotografía, y la mostró a Lorimer.

Éste silbó entre dientes, contemplándola.

Se trataba de una muchacha, de unos veinticuatro años, morena, de rostro exótico y pletórica de hermosura. Sus labios eran gordezuelos, sensitivos. El óvalo facial perfecto de rasgos, pero se adivinaba, en su precioso semblante, un cierto mohín de niña mimada.

—Podrida de dinero, ¿eh, Tom?

—Su padre fue un poderoso industrial de Pittsburg. Al morir, dejó a una huérfana que no puede derrochar lo que tiene, aunque viva cuatrocientos años. Tessie vendió la mayoría de las acciones, pero conservó las suficientes para poder sostener un tren de vida de acuerdo con su escalafón social.

—Ya. No es tonta, la niña.

Hudson extrajo ahora un voluminoso sobre, que tendió a Lorimer por encima de la mesa.

—Aquí tienes una ficha detallada de cada uno de los trece personajes que se hallarán en Villa Edén, durante el fin de semana. Es todo cuanto hemos podido reunir, de ellos, en el corto espacio de tiempo disponible. Puedes estudiarlos, antes de irte a dormir. Sólo para ir familiarizándote con los que serán tus compañeros de diversión, en este apacible fin de semana, Keith.

Lorimer le dedicó una hosca mirada.

—¿Pitorreos encima, Tom?

—De los trece, sólo cuatro tienen posibilidad de ser Peter Weser, en razón de la edad —siguió el inspector Hudson—. En cambio, cualquiera de ellos puede ser el agente israelí, dispuesto a liquidarlo.

—Muy consolador.

—Así es la vida, Keith. —Una cosa, Tom...

—¿Qué?

—¿No puedes aclararme la verdadera razón de todo esto? No acabo de comprender el súbito interés del Gobierno por un nazi, fuera o no un asesino en los campos de exterminio.

El robusto Tom Hudson encogió los anchos hombros.

—No puedo decírtelo, por la sencilla razón de que yo también lo ignoro, Keith. Ayer, miércoles, nos fue encomendada, la tarea de reunir el mayor número de datos posible, referentes a éstas trece personas. Hoy, Jueves, he tenido noticias de lo que se trama en

Villa Edén, y he recibido la orden de impedir el asesinato de Peter Weser. Hay que evitarlo a toda costa, y por eso te he puesto en el caso, muchacho.

Keith rió con acritud.

—Me has hecho un favor, ¿eh, Tom?

—Trataré de hacértelo, desde aquí, Keith.

—¿Cómo?

—Seguiré investigando sobre toda esa gente. Sobre todo, en el pasado. Si consiguiéramos averiguar bajo qué identidad se oculta el antiguo teniente de la SS, bastaría con sacarlo de allí.

Lorimer sonrió, mordaz.

—¿Te has roto mucho la cabeza para llegar a esa conclusión, Tom?

—Estaremos cerca de Villa Edén en un instante, Keith. No obstante, no interferiremos en tu trabajo, a menos que lo solicites, ¿comprendes?

—Por completo.

—Y otra cosa, Keith...

—¿Sí?

—Procura no romperle las narices a ninguno de los potentados allí reunidos, sin que exista un motivo altamente justificado. Y nada de tus habituales complicaciones con el sexo opuesta.

CAPÍTULO II

Cuando Tessie Larson abrió la puerta de su apartamento, Keith se dijo que el fotógrafo que había tomado la placa mostrada por el inspector Hudson era un infame sin la menor noción. Desde luego, al natural, la chica ganaba un cien por cien.

Vestía unos *shorts* color malva, que dejaban al descubierto las largas y bien torneadas piernas. La blusa, blanca, marcaba un perfecto busto juvenil, erguido.

—Mi nombre es Keith Lorimer —dijo el joven—. Supongo que Tom Hudson le hablaría de mí.

Ella sonrió, y dos hoyitos encantadores se produjeron en las satinadas mejillas.

—Tessie Larson —dijo a su vez haciéndose a un lado para que Lorimer penetrara en el apartamento—. Estaré lista en unos minutos. Y será mejor que empecemos a tutearnos, Keith. Recuerda que somos viejos compañeros de estudios.

—Me parece muy bien, Tessie.

—Mis amigos me llaman Tess.

—De acuerdo, Tess.

La chica se dirigió, con aire desenvuelto, al dormitorio, y Keith pensó que la retaguardia no desmerecía en absoluto con la fachada delantera de Tessie Larson.

Reapareció un par de minutos después, llevando un ligero neceser en la diestra, y se quedó unos instantes contemplando los veintiocho años atléticos, musculosos, de Lorimer.

—Siempre imaginé que un agente del FBI era algo distinto, Keith —declaró sin ambages—. Pareces un moderno deportista dispuesto a tomar parte en una Olimpiada.

Lorimer cabeceó, asintiendo.

—y desde luego, tengo que batir un récord, Tess.

—¿Llevas pistola?

Lorimer apartó Ja solapa de la americana *sport* color azul marino, y mostró la culata del revólver calibre 38 asomando en la funda sobaquera. Prefería aquel tipo de arma a las modernas, automáticas.

Tessie Larson compuso un mohín.

—Mis amigos se extrañarán de que lleves pistola para una fiesta de ira de semana, Keith.

—Procuraré disimularla. Lo que no puedo es llevar un tirachinas en el bolsillo.

Tessie rió alegremente, echando la cabeza hacia atrás. Luego, confesó llanamente:

—Me gustas, Keith.

—Ídem, Tess.

—¿Te gusta volar en helicóptero?

—Me «despepita».

—Entonces sería conveniente que nos marchemos ya, Keith.

—Tú llevas el timón, Tess.

Minutos después, un pequeño helicóptero se remontaba sobre los edificios de Filadelfia y, describiendo una amplia curva en el cielo azul, se dirigió al oeste. Keith Lorimer tuvo que reconocer que la chica lo manejaba con destreza.

Recostado en su asiento, inquirió:

—¿Cuánto durará el trayecto, Tess?

—Una hora, aproximadamente.

—¿Te importa que descabece un sueño? Eran más de las tres cuando me fui a dormir anoche.

La muchacha sonrió, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Te despertaré cuando tengamos Villa Edén a nuestros pies.

Keith apoyó la nuca en el respaldo y, cerrando los ojos, fingió dormir, o intentarlo al menos.

En realidad, su mente se hallaba ocupada por el estudio de las fichas facilitadas por Tom, y cuyo repaso lo tuvo despierto hasta altas horas de la madrugada.

Mentalmente, fue clasificando los datos registrados por Hudsort en las fichas, sobre los cuatro principales sospechosos de ser el antiguo teniente de la SS nazi, Peter Weser.

«Marcus Nolan, diputado del estado de Nebraska, cincuenta y siete años, carácter algo agrio y taciturno, cosa extraña en un político. Puede ser Weser, en cuanto a la edad. Sin embargo, el propio Tom Hudson desestima la posibilidad, ya que se ha podido seguir la vida de Nolan casi desde la adolescencia. Nunca estuvo en Alemania. Interrumpida la investigación sobre él.

»Phil Dalton, agente de Bolsa neoyorquino, cincuenta y cinco años. También puede ser Weser por la edad. Carece de antecedentes, y todo lo que se ha podido averiguar en torno a él se remonta sólo a quince años atrás. Con antelación, nada se sabe de su vida, por ahora. Uno de los firmes candidatos a ser Weser. Prosiguen las indagaciones en torno a su persona.

»Geo Duncan, escritor de cincuenta y cuatro años, firma con el pseudónimo de Karl Wolden, y entre sus obras trata con frecuencia temas relacionados con el régimen nazi de Hitler, en los que demuestra un profundo conocimiento. Era un desconocido hasta hace diez años, que comenzó a publicar las primeras obras. No se le conocen antecedentes. Posee una aguda inteligencia, y su carácter es mordaz, hiriente y, en ocasiones, escéptico. Nada se ha podido averiguar con antelación a los diez años citados. Se continúa investigando, ya que reúne sobradas posibilidades de ser Peter Weser.

»Archie Russel, astrólogo de cincuenta y seis años. Carácter cordial, afable y abierto. Posee un Gabinete de Información Astrológica en Filadelfia, en el cual se aconsejan importantes hombres de negocio, mediante unos honorarios bastante elevados. Tampoco se ha podido seguir su pista con claridad, en período anterior a dieciséis años. Sigue investigándose en su pasado».

Una vez repasados los datos en su mente, coincidió Lorimer con el inspector Hudson en descartar al diputado Nolan. Quedaban tres posibles individuos, que podían ser Weser: Phil Dalton, Geo Duncan y Archie Russell.

¿Por qué se ocultaba Peter Weser bajo uno de los tres nombres? Y sobre todo: ¿Qué interés podía tener para su Gobierno un antiguo oficial de la SS, treinta años después de finalizada la guerra?

Lorimer soltó un gruñido, removiéndose en el asiento.

Tessie Larson giró la cabeza, y le dedicó una encantadora sonrisa.

—¿No puedes conciliar el sueño, Keith?

Lorimer abrió los ojos y, sacando un paquete de cigarrillos, se puso dos en los labios, prendiéndoles fuego. Pasó uno a la chica, que se lo agradeció con un ligero movimiento de cabeza.

Exhalando una bocanada de humo, preguntó Keith:

—¿Acudirán tus doce invitados, Tess?

—Espero que sí.

—Háblame de ellos.

Tessie dejó transcurrir unos instantes.

—¿De alguno, en particular?

—Él número de personas que pueden ser Peter Weser, queda prácticamente reducido a tres —fue explicando Lorimer—. Lo más peliagudo será averiguar la identidad del agente de MOSSAD.

—Un caso feo, ¿verdad, Keith?

—Peor que eso. Será un milagro si conseguimos impedir que el fanático israelita lleve a cabo su labor. No hemos dispuesto del tiempo necesario para una investigación a fondo.

Después de una breve pausa, confesó Tessie:

—Nunca he sido una mujer pusilánime, Keith, pero te aseguro que, en esta ocasión, estoy asustada realmente.

—¿Por qué?

—No me gusta la violencia. Y, mucho menos, a mí alrededor.

—Nada debes temer por cuanto... es evidente que no eres Peter Weser, y él es el único candidato a convertirse en víctima. Todo, según la extraña y al parecer fidedigna confidencia.

La chica frunció levemente el ceño.

—Es raro todo esto, Keith...

—¿El qué?

—Que se haya deslizado una confidencia de esa índole de una organización tan hermética como es el Servicio Secreto israelí. ¿No lo encuentras extraño?

Lorimer encogió los hombros.

—En las organizaciones más perfectas del mundo se producen estas fugas de información, Tess.

Hubo una nueva pausa, y esta vez se alargó a más de un minuto. La rompió Tessie comenzando a decir, sin apartar la mirada del verde paisaje sobre el que volaban.

—Desde que el inspector Tom Hudson me comunicó que

sucedería eso, en mi finca de recreo, me encuentro obsesionada, y no he cesado de darle vueltas al pensamiento. Hace unos instantes, dijiste que sólo tres personas pueden ser Peter Weser. Yo, en cambio..., he centrado toda mi atención en la otra parte: en el agente israelí.

Keith se giró en el asiento, y le dirigió una larga e interesada mirada.

—¿Y...?

—Comprendo que todos pueden ser sospechosos. Incluso yo misma. Los considero buenos amigos a todos ellos, y por eso me cuesta trabajo hablar de forma imparcial. No obstante... sólo veo a dos personas con posibilidades de ser el agente israelí. Descartadas Patricia Nolan, Julie Kester, Helen Dalton y Dinah Brook, además de los cuatro hombres mayores de cincuenta años, entre los que debe encontrarse Weser... Sólo me quedan Kirk Travis y Glen Browne... Y de veras que siento pensar eso de ellos. Son dos buenos amigos.

Lorimer se pellizcó el lóbulo de la oreja, pensativo.

—Te olvidas de otros dos personajes.

—¿Gilbert Bioff y Brent Samson?

—Exacto.

—Gilbert Bioff es el clásico *play-boy* del petróleo. Tiene millones de dólares, y su única preocupación son las mujeres bonitas y la bebida. No puedo verlo como un fanático israelita.

—¿Y Brent Samson?

—Espera a conocerlo, y me darás tu opinión. Su pasión es la buena mesa. Gordo, engreído y medio atrasado mental. Su única virtud son las acciones que heredó de su madre, invertidas en sólidas firmas. No; tampoco puedo verlo como al hombre encargado de matar a un semejante.

Keith dejó pasar, unos segundos antes de formular la próxima pregunta:

—A las mujeres las descartas sin titubeos, ¿por qué?

—Patricia es la esposa del diputado Nolan. Sólo se preocupa de no aparentar los cuarenta y seis años que tiene. Helen Dalton la joven esposa del agente de Bolsa, que no la deja ni un instante a solas. Ella confiesa tener treinta y uno, y la verdad es que los aparenta. Es casi imposible que pueda pertenecer a un organización

de ese tipo. —¿Dinah Brook y Julie Kester?

—En cuanto a Dinah, es hija de un multimillonario, y no le falta dinero para sus caprichos, que son muchos. Julie Kester es hija del senador Kester. ¿Crees que necesita complicarse la vida con esa clase de asuntos?

Keith Lorimer encogió los hombros con cierto desaliento.

—Todo es posible. Completa tu información habiéndome de Kirk Travis y Glen Browne, Tess.

La chica dio una cabezada afirmativa.

—Kirk Travis es un guapo y joven comerciante al que los negocios le marchan extraordinariamente. Posee una importante cadena de supermercados en Filadelfia, y nadie ha podido averiguar, con exactitud, la procedencia de sus primeros dólares. Las malas lenguas aseguran que ganó una importante suma en las apuestas.

—Comprendo. ¿Y Glen Browne?

—Habrás escuchado hablar de él en alguna ocasión. Es campeón de golf, de Virginia. Su carácter es abierto y cordial. Treinta y un años de músculos y simpatía, en particular con las jovencitas impresionables. No ha ganado un torneo desde hace más de dos años y, no obstante, sigue disponiendo de abundante dinero, que gasta sin miramientos. No se le conoce otra fuente de ingresos, aparte del golf.

—Ya.

—Escucha, Keith... —se apresuró a añadir Tessie—. No estoy acusando necesariamente a Kirk y Glen, ¿comprendes? Los considero buenos amigos a los dos. Me cuesta creer que puedan ser el agente que estás buscando, pero...

—Por el sencillo método de eliminación, se llega a ellos, ¿no? —concluyó Keith.

—Bueno..., algo así es lo que deseo hacerte entender.

—Y así lo he comprendido, Tess, descuida. ¿Puede establecerse comunicación con tierra desde este pájaro?

Tessie señaló una pequeña emisora, situada a la derecha de los mandos del helicóptero.

—Supongo que sí.

Lorimer accionó en los botones y, cogiendo el micro en la diestra, comenzó a intentarlo. Tardó unos diez minutos en

establecer contacto con el inspector Hudson.

Sonrió, complacido, al escuchar la voz de Tora en el receptor:

—¿Qué ocurre, muchacho?

—Deseo la máxima información complementaria posible de dos de mis compañeros de diversión, Tom.

—¿Dónde te encuentras exactamente, Keith?

—Sobrevolando lo que puede ser un campo de alfalfa o el edredón verde, de pésimo gusto, con el que te cubres por las noches, Tom. Y con una linda y eficiente piloto a mi lado.

—¿Está Tessie Larson contigo?

—¿Quieres que te envíe un saludo como en los concursos de radio, inspector?

—Vete al diablo. ¿Qué tipo de información complementaria deseas recibir?

—Todo lo que puedas reunir sobre Glen Browne y Kirk Travis. Lo quiero antes de la medianoche, Tom.

—Escucha, Keith..., ¿tienes ya algún sospechoso entre manos?

—Lo podrás leer en mi informe cuando esto acabe, Tom; no seas impaciente, hombre.

Lorimer escuchó el gruñido de Tom Hudson antes de cortar la comunicación. Sonriente, se giró a Tessie.

—¿Falta mucho para que el pájaro deje de moverse?

—Si miras a la derecha, podrás ver Villa Edén, Keith. Y... gracias por lo de linda piloto.

Observando, de soslayo, las bien torneadas piernas de la chica, pensó Lorimer que no exageraba en absoluto. Después, fijó la mirada en la monumental villa de recreo que se acercaba cada vez más a ellos, y dejó escapar un leve suspiro.

Lástima que el fin de semana no fuese a solas con Tessie.

En lugar de ser en compañía de trece personas desconocidas, entre las que se encontraban un verdugo y una víctima.

CAPÍTULO III

Cuando el helicóptero se posó en la amplia explanada, cubierta de bien cuidado césped, y Tessie detuvo los motores, Keith Lorimer se había podido formar una idea bastante exacta de que Villa Edén hacía honor a su nombre. La perspectiva que disfrutó, desde el aire, contribuyó en gran manera a ello.

Se trataba de una vasta construcción de aparente estilo colonial, con porche de columnas formando arcos. Dos pisos y solárium encristalado en la terraza. En ella lo mismo se podían albergar cuarenta, que doscientas personas.

Su enclave era asimismo paradisíaco y, con toda seguridad, se podría disfrutar de un ambiente apacible y sosegado... en circunstancias normales, claro. Se hallaba en una gran explanada, sobre una colina, cuyas laderas se cubrían de espesa vegetación.

Una serpenteante carretera descendía hasta lo que parecía ser un pequeño pueblo y calculó Keith unos cinco kilómetros de distancia entre el grupo de casas y la residencia. Una pista de tenis, un campito de

mini-golf

y una piscina de forma caprichosa, rodeaban el edificio para mayor expansión y comodidad de sus ocupantes.

Pero no eran los primeros en llegar, como había dicho Tessie.

El sol arrancaba destellos del agua azul de la piscina, donde una rubia sirena nadaba pausadamente. Y Keith se prometió no asombrarse de nada, porque el cuerpo parecía desnudo en el cristalino líquido.

Estacionado cerca del porche, pudieron ver ambos jóvenes un lujoso y potente «Jaguar» XK 150 Descendiendo del helicóptero, comentó. Tessie; extrañada:

—Se nos adelantó Gilbert Bioff, Keith.

—Y también la sirena a la que se le olvidó el bikini.

—No conozco a esa mujer, Keith —dijo grave la chica—. No es ninguna de las invitadas a mi fiesta.

Lorimer torció el gesto, diciendo burlón:

—Si esto es el Edén, es muy posible que se trate de Eva, Tess. Sobre todo, a juzgar por su indumentaria.

En el porche, apareció un joven alto y atlético, de ojos azules y larga cabellera. Vestía un pantalón corto, y se anudaba los faldones de la camisa ante el estómago. Avanzó, sonriente, en dirección a ellos, y compuso un gesto amistoso.

—¿Qué tal, Tess?

—Hola, Gilbert.

—Supongo que no te molestará que invitara a Glenda, ¿eh? Es una buena amiga, y estos días necesito un poco de compañía.

Tessie se quedó unos instantes dubitativa, y añadió Gilbert Bioff:

—Si te molesta nos largamos y en paz, Tess.

—Puede quedarse, Gilbert —dijo, al fin, la anfitriona.

—Tenía ganas de darse un baño, pero no quise remover entre tus enseres, buscando uno tuyo.

En aquel momento, la mujer de la piscina, una rabia sofisticada, de exuberantes curvas y rostro de muñeca boba, se aproximó al grupo, cubierta a duras penas por una toalla.

Observando a la ampulosa mujer, comentó Tessie:

—Dudo de que pudiera meterse en unos de mis bikinis, Gilbert.

Bioff rió a carcajadas, y Tessie aprovechó el momento para hacer una indicación, señalando a Keith:

—Éste es Keith Lorimer, Gilbert. Un antiguo compañero de estudios y también pasará el fin de semana con nosotros. Keith, te presento al casanova Gilbert Bioff.

El melenudo de ojos azules apretó con fuerza la mano que tendía Lorimer.

—¿Qué tal, Keith? ¿Nos hemos visto antes?

—Lo dudo, Gilbert. Acabo de llegar del Oeste.

El *play-boy* del petróleo abarcó, con su largo brazo, los hombros de la bañista y estuvo a punto de hacerle caer la toalla.

—Ésta es Glenda Miller.

Tessie le sonrió, amistosa. —Puedes sentirte como en tu propia

casa, Glenda— y tras una breve pausa, agregó intencionada—: Aunque aquí acostumbramos a bañarnos con bikini, ¿sabes?

Glenda Miller fingió ruborizarse.

—¡Oh! Lo siento de veras, Tessie.

Keith Lorimer terció, mordaz:

—¿Y no pueden cambiarse las normas, Tess? Te aseguro que a mí me gustó la idea.

Tessie Larson no prestó atención al comentario del agente del FBI y, cogiendo a Glenda del codo, se la llevó en dirección al interior de la vivienda. Escuchó Keith, que le iba diciendo:

—Te procuraré un traje de baño y, al mismo tiempo, te pondré al corriente de las normas por las que nos regimos en estos fines de semana. Aquí todos actúan libremente y se sirven la bebida y la comida ellos mismos. Con toda libertad...

No pudo seguir escuchando las instrucciones.

Advirtió que Gilbert Bioff posaba la diestra en su hombro, y le decía, sonriente:

—A propósito de tu comentario anterior, Keith...

—¿Sí, Gilbert?

—No corras tanto, ¿entiendes?

—No.

—No te hagas el despistado, muchacho. Glenda es mía, y no debes olvidarlo.

—¿Cuánto te costó, Gilbert?

Bioff amplió la sonrisa en sus labios y palmeó, amistoso, el hombro de Lorimer.

—Me parece que tú y yo vamos a congeniar, Keith.

—Eso espero, Gilbert, eso espero.

—¿Te apetece un partido de tenis mientras llegan los otros?

Keith encogió los hombros, denegando:

—La pelota más redonda que he visto en mi vida, fue una pastilla de chocolate, Gilbert.

El *play-boy* abrió mucho los ojos, y lo contempló como a un bicho raro.

—No me digas que no sabes jugar al tenis.

—Está bien. Si no quieres, no te lo diré.

—¿Y el golf?

—¿Es eso de meter una pelotita en un hoyo, a base de leñazos

con un palo torcido?

Bioff se pasó la mano por el mentón y lo observó, bastante decepcionado por las respuestas de Lorimer.

—Me temo que la primera impresión ha sido equivocada, Keith. Vas a resultar un tipo aburrido.

Lorimer le miró, sonriente.

—El póquer se me da bastante bien.

—¿Estás seguro?

—Puedo ganarte uno de tus pozos en cuestión de media hora, Gilbert.

Toda la servidumbre disfrutaba de permiso hasta el lunes.

En la cocina, donde podía celebrarse un Campeonato Mundial de Patinaje Artístico, sin problemas de espacio, dos grandes frigoríficos contenían abundante comida fría. Pollos asados, salmón ahumado, truchas, embutidos... Todo a completa disposición de los invitados, que podían servirse sin limitaciones de hora o cantidad.

También abundaba el champaña, vinos y bebidas refrescantes.

A las seis de la tarde, llegaron los últimos personajes Invitados al fin de semana en Villa Edén: Marcus y Patricia Nolan, que también fueron presentados a Lorimer por Tessie. Entre todos los reunidos reinaba el buen, humor, y las bromas se sucedían sin cesar.

Nada hacía sospechar a Keith Lorimer que entre ellos se hallaban un ejecutor y su víctima. Dedicó especial atención a cuatro de ellos: Kirk Travis, Glen Browne, Archie Russell y Geo Duncan. A pesar de que se concentró en su tarea, le resultó imposible descubrir algo de particular en ellos.

Cada uno, en su forma de ser, se comportaron de igual manera que los restantes invitados.

También dedicó atención extraoficial a la rubia y bajita Dinah Brook. Era un verdadero cromo de cuerpo escultural y bello rostro, de nariz ligeramente respingona. El cabello lo llevaba cortado en airosa melena, que la hacía aún más atractiva.

Y dedicó varias sonrisas prometedoras a Lorimer.

Justo lo que necesitaba el joven para lanzarse al ataque, sin importarle la información facilitada por Tessie de que era una millonaria caprichosa a la que le gustaba jugar con los hombres. Una misión, por peliaguda que fuese, también podía tener sus ventajas adicionales.

Coincidió con ella en la cocina, cuando Keith se encontraba atareado en dejar mondado un muslo de pollo.

Dinah Brook irrumpió en la cocina, y compuso un mohín, diciendo como si se hubieran tratado de toda la vida:

—Comes como un ser vulgar, Keith.

El joven acabó de masticar tranquilamente el trozo de carne que tenía en la boca, y después de un largo trago de cerveza, se limpió los labios, confesando:

—Es que soy un tipo vulgar, Dinah. Me gusta la comida, la bebida y también las mujeres bonitas.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Es eso una indirecta?

—Yo más bien diría que es una directa.

La muchacha sonrió de forma enigmática, antes de seguir preguntando; con desenfado:

—Y a lo mejor resulta que las rubias son tu tipo, ¿no?

—Sobre todo si tienen un cuerpo escultural, no son muy altas y llevan el cabello corto.

—Me estás describiendo a mí, Keith.

—Es posible, Dinah. ¿No te apetece un poco de polio, aunque sea una vulgaridad? Te aseguro que está realmente apetitoso.

Dinah Brook hizo un ademán, rechazándolo, y después de un breve silencio, clavó los bonitos ojos en él.

—¿Qué habitación te ha designado Tessie, Keith?

—La segunda a la izquierda del pasillo situado en la parte derecha. Pero te advierto que la utilizo sólo para dormir, y tengo el sueño muy pesado.

Ella arqueó las cejas, extrañada.

—¿Qué estás pensando?

—A lo mejor lo mismo que tú, nena. ¿Qué habitación ocupas tú?

Dinah abanicó las pestañas, y notó Lorimer que el turgente busto se agitaba bajo el tenue tejido de la blusa, sujeta a los hombros por sólo unos breves tirantes.

—Ocupo la primera a la derecha en tu mismo pasillo, Keith —acabó diciendo con una leve sonrisa—. Y al contrario que tú, tengo el sueño muy ligero. Sobre todo, a partir de las dos y media de la madrugada. ¿No te parece raro?

Keith pensó que si aquello no era una cita, él era un ermitaño de

la Edad Media. Rió, asintiendo:

—Es la cosa más natural del mundo, Dinah.

A las diez y cuarto de la noche, se encerró Keith en el dormitorio especialmente destinado a él por Tessie. En ella, un teléfono había sido instalado el día anterior, cuya línea comunicaba directamente con el inspector Hudson. Si la llamada procedía de Tom, avisaría una lucecita intermitente, en lugar del ruidoso timbrazo.

Descolgando el auricular, y sin temor a interferencias, estableció contacto con Hudson.

Las primeras palabras del inspector fueron:

—Tenemos algo interesante sobre Kirk Travis, Keith. Existen evidencias de que es un hombre de paja en sus negocios. Ignoramos todavía la identidad del que está detrás de él, pero, al parecer, se trata de una organización secreta, o posiblemente un trust Yo, de ti, no lo perdería de vista ni un instante.

—¿Quieres que le pida compartir su cama, Tora?

—Déjate de bromas.

—¿Y qué tienes de Glen Browne?

—Todavía nada que pueda serte interesante.

—¿Y a qué os dedicáis, mientras yo me parto el pecho aquí, jefe?

A través del micro le llegó, nítido, el gruñido de Hudson.

—Tengo a doce hombres trabajando en esto, Keith —ladró, furioso—. Y no se rascan la barriga.

—Está bien, perdona, hombre —hizo una pequeña pausa Lorimer y, acto seguido, dijo—: Pues mi llamada te proporcionará más trabajo, Tom. Se ha presentado una nueva invitada, que no se hallaba en la lista primitiva. Es una imitadora de nuestra tatarabuela Eva, y se llama Glenda Miller, según Gilbert Bioff, que fue quien la trajo. Dice que es de él.

—Descríbela.

Keith Lorimer lo hizo con todo lujo de detalles, y Hudson fue tomando nota, al otro extremo del hilo. Al concluir el joven, mascullo recriminatorio, Torn:

—Ya has vuelto a las andadas, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—Sabes de sobra a lo que me refiero, infiernos.

—Oye, Tom, cuando llegamos Tessie y yo, se estaba bañando en

la piscina. ¿Qué culpa tiene nadie de que deteste los bikinis?

—Está bien, está bien. Averiguaremos todo cuanto nos sea posible de ella. ¿Cuándo volveremos a establecer contacto?

Lorimer estuvo unos instantes pensando en que sería una lástima desperdiciar la cita con Dinah. Finalmente, respondió:

—Si tienes algo que sea realmente importante, llamas tú. Aunque no te garantizo estar aquí, porque tengo que hacer una larga exploración. En caso contrario, lo haré yo por la mañana.

—De acuerdo.

—Y otra cosa, Tom... Cuídate mucho y procura dormir un poco, ¿eh?

Colgando, aún escuchó las últimas palabras de Hudson:

—Vete al diablo.

Keith encendió un cigarrillo y consultó el reloj de pulsera. Las diez y media era demasiado pronto para irse a dormir, y decidió bajar de nuevo con los otros.

Intentaría conversar a solas con el escritor Geo Duncan, si le resultaba posible. Para él, era el más firme candidato a ser Peter Weser.

CAPÍTULO IV

Lorimer aún tuvo que soportar, durante una hora y media, a los restantes invitados. Las bromas pesadas de Brent Samson, gordo y rayando en la estupidez. Las ironías cortantes de Geo Duncan, que los contemplaba como si él fuese un ser superior. Los excesos de simpatía del jugador de golf Glen Browne, sobre todo dirigidos a las componentes del sexo opuesto. Los escarceos coqueteriles de la muy saludable Helen Dalton, y la mirada celosa de su esposo Phil.

Se hallaban reunidos en el amplio y confortable salón de la vivienda, y, al parecer, era cierto que Glenda Miller pertenecía a Gilbert Bioff y sus millones. Ambos se apretujaban en el mismo sillón, que, aunque amplio, no daba para tanto, y él la sometía a un descarado manoseo.

Todos, o casi todos, tenían una copa en la mano, y bastantes en el estómago.

Tessie Larson los observaba, silenciosa, desde un lugar próximo a uno de los ventanales, con mirada ausente. Como si su mente se encontrara a muchas millas de allí.

En un momento dado, preguntó el astrólogo Archie Russell a Keith Lorimer:

—¿A qué signo perteneces, Keith?

El joven encogió los hombros, indolente.

—Ni idea.

—Pues eso es muy importante.

—¿Sí?

—¿En qué fecha naciste?

—El diez de junio.

—Gemáis —dijo Russell, uniendo las yemas de los dedos—. Primer signo de aire, común, positivo, diurno. Segundo de cuarta

cara. Sanguíneo colérico, según el clima. Debes cuidarte de los Virgo y los Piscis. En campo, te puedes entender perfectamente con un Aries. Dinah, por ejemplo, es Aries.

Lorimer frunció el ceño, extrañado.

—¿Dónde te lo ha dicho?

—¿Cómo que quién me lo ha dicho? Sé que Dinah es Aries desde que la conozco. Es mi manía el saber el signo zodiacal de todos mis amigos. Yo soy Leo y podemos congeniar, Keith.

—Ya.

—No crees mucho en esto, ¿verdad?

Lorimer cambió una fugaz mirada con Dinah, que sonreía tenuemente, y acabó asintiendo:

—Tendré que empezar a creer, desde ahora, Archie.

—Pásate un día por mi oficina y te facilitaré un resumen completo de Géminis. Puede resultarte beneficioso para descubrir a tus enemigos, en un momento dado.

—No me digas.

—Te lo aseguro.

Keith pensó en que al bruto de Tom Hudson se le podría haber ocurrido estudiar Astrología. No era descabellado, como forma de descubrir a Peter Weser.

Pero, de momento, tenía que seguir con los métodos convencionales.

A eso de las doce, algunos se fueron retirando a sus dormitorios, y Keith observó que Geo Duncan se ponía un cigarrillo en los labios y se iba al porche.

Dejó transcurrir unos minutos, y cuando Dinah también subió la escalera, después de envolverlo en una significativa mirada, imitó a Duncan, y fue a fumar al porche.

Al principio, no pudo verlo en la penumbra.

Luego, lo descubrió a unos veinte metros, junto a la piscina, fumando solitario y, al parecer, contemplando el manto estrellado de la apacible noche.

Tessie le había repetido que allí todos se tuteaban y, por eso, cuando llegó a su lado, exhale una bocanada de humo y comentó:

—El último cigarrillo del día en solitario y bajo las estrellas, ¿eh, Geo?

Duncan afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—Es un viejo hábito, Keith.

—¿Adquirido durante la guerra?

Ahora, Duncan giró la cabeza con cierta brusquedad, y lo observó unos segundos.

—¿Qué te hace suponer que estuve en una guerra, Keith? —dijo, tras un silencio.

Lorimer encogió los hombros, sin darle mucha importancia a su comentario. Respondió, indiferente:

—He leído algunos de tus libros, Geo. Para describir una lucha en la forma en que tú lo haces..., creo que hay que vivirla con anterioridad.

—¿Eso piensas?

—Bueno..., puedo estar equivocado. ¿De verdad no estuviste en ninguna guerra, Geo?

—Un escritor no tiene por qué vivir todo lo que escribe, Keith.

Lorimer tuvo que arriesgarse, insistiendo:

—No has respondido a mi pregunta, Geo.

El escritor tiró la punta del cigarrillo al césped y lo aplastó con la punta del zapato. Más tarde, se giró despacio al agente del FBI y lo miró recto en la penumbra.

—¿Quién eres tú en realidad, Keith?

Lorimer tuvo que hacer un esfuerzo, y pudo contener el respingo que le causó la directa pregunta de Duncan. Procurando adoptar un tono desenfadado, respondió:

—Te lo dijo Tessie hace unas horas, Geo. Estudié con ella en California.

—Yo no me he creído eso, Keith.

—¿Por qué?

—He advertido que algo raro ocurre este fin de semana. Algunos de nuestros compañeros se muestran tensos, incómodos. Hasta la propia anfitriona parece alterada.

—¿Tessie?

—En efecto; Tessie. Llevo mucho rato pensando en esto, y me temo que sucederá algo imprevisto.

—¿Cómo qué, Geo?

—Eso no puedo saberlo.

—Vamos, vamos, Geo. Opino que estás desquiciando las cosas, y es posible que se deba a tu fértil imaginación. Y todo por una

pregunta sin importancia que te hice.

El escritor siguió mirándolo en las sombras.

—¿De verdad carecía de importancia, Keith?

—Ya te lo he dicho.

—Está bien —suspiró Duncan—. De todas formas, voy a contestar a ella, Keith. En efecto, estuve en una guerra. Ahora, tu próxima pregunta tiene que ser: ¿en cuál de ellas, Geo?

—Escucha, Duncan...

—Fue en la que estás pensando, Keith: en la Segunda Guerra Mundial.

Y dicho esto, Geo Duncan giró sobre los tacones y se encaminó, andando despacio, a la casa.

Perplejo, pensó Lorimer que el escritor Geo Duncan poseía una inteligencia más aguda que un estilete. Cada vez se confirmaba más la teoría de que era el antiguo teniente de la SS, Peter Weser. El problema estribaba en demostrarlo de manera rotunda.

Tal como imaginaba, la puerta correspondiente a la habitación de la rubia Dinah Brook, no estaba cerrada por el interior. Empujó la madera y, sólo cuando la encajó a su espalda, se encendió la lámpara en la mesita de noche.

Parpadeó, entre asombrado y admirado. Dinah Brook estaba realmente sugestiva con aquel corto camisoncito, denominado «Tentación», que dejaba al descubierto las bien torneadas piernas y la parte superior de los hombros. Sacudió la corta melena rubia, y echó una mirada al diminuto reloj que descansaba en la mesita de noche.

—Cinco minutos de reí raso, Keith reprochó componiendo un mohín, que estuvo a punto de hacer rugir al joven al estilo Tarzán y arrojarle sobre ella.

—He tenido que hacer el recorrido a oscuras, y procurando no tropezar en los muebles encanto.

—Pero, afortunadamente, has encontrado mi habitación.

—Tenía que hacerlo, mi vida —dijo Keith, acercándose al lecho—. Imagínate que me equivoco, y me cuelo en el dormitorio de la pelirroja Helen Dalton. El zapatazo que me hubiese soltado Phil en los morros...

Al aproximarse al lecho, comprobó Lorimer que el camisoncito era la única indumentaria de la fascinante Dinah.

Se alegró del buen entendimiento que al parecer existía entre un Géminis y un Aries. No podía suponer, el avispado Archie, hasta qué punto iba a llegar la compenetración.

Dinah estaba diciendo:

—Pensarás que soy una conquista fácil, ¿verdad, Keith?

—¡Qué va!

—Sé sincero, mi amor.

Keith se inclinó sobre ella y la besó primero de una forma fugaz.

Luego, ambos se fundieron en un largo y apasionado beso, que estalló, incontenible.

Pero algo también debió estallar en Villa Edén, por cuanto las paredes se estremecieron, y hasta ellos llegó el ruido inconfundible de la tremenda explosión.

CAPÍTULO V

Las luces se habían encendido por toda la casa.

Lorimer se encontró bajando las escaleras, en dirección al piso inferior, a grandes zancadas, saltando de dos en dos y de tres en tres los escalones.

En el salón descubrió a varios de los invitados, que miraban, entre asustados y aturridos, por los ventanales. Entre ellos pudo ver a Phil Dalton, Archie Russell, Gilbert Bioff y Kirk Travis. También Glenda Miller y Julie Kester estaban allí.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Keith.

—Una explosión —explicó Bioff—. Al parecer, ha sido junto al campo de golf. Aún se ve una llamarada.

Keith pasó junto a ellos como una exhalación, dirigiéndose al exterior sin pérdida de tiempo. Corrió en dirección al campo de minigolf y, en efecto, vio un pequeño géiser de fuego brotando del césped.

Se quitó la chaqueta del albornoz, única prenda que llevaba de cintura para arriba, y, aplicándola directamente sobre el pequeño volcán, lo sofocó antes de que la llama se corriera hasta el gran depósito de propano, situado en la ladera norte de la colina.

Pensó que, con toda seguridad, se había producido un escape de gas en una de las válvulas de la cañería que conducía el propano hasta la vivienda. Resollando y sintiendo la frente cubierta de un sudor frío, se incorporó.

Entonces fue cuando lo vio.

Todos los focos del exterior de Villa Edén se habían encendido súbitamente, y por eso pudo reconocer el cadáver, horriblemente mutilado, de Glen Browne.

Su rostro, crispado en mueca de infinito asombro, era quizá lo

único intacto de su persona. Toda la parte inferior del cuerpo constituía un repugnante amasijo sanguinolento.

—¡Dios mío...! —musitó, aturdido.

Escuchó exclamaciones de espanto a su alrededor, y se dio cuenta de que no estaba solo. Paseó la mirada por los rostros lívidos, demacrados, que contemplaban, atónitos, lo que quedaba del jugador de golf. Glenda, Julie y el propio Bioff, tuvieron que alejarse de allí con profundas arcadas de náuseas.

El gas continuaba brotando del suelo con agudo silbido.

Keith se percató de que debía reaccionar con prontitud.

—Ha sido un accidente —explicó, cubriendo los restos de Browne con el albornoz—. Será mejor que regresen a la casa, mientras yo me encargo de él.

Los otros no se hicieron repetir la sugerencia.

Keith quedó solo junto al cadáver.

Geo Duncan regresaba de cerrar la llave principal de paso en el depósito del propano, y el gas dejó de brotar. Escuchó las últimas palabras pronunciadas por el joven, y ofreció:

—Me quedo para ayudarte, Keith.

—No hace falta. Nada podemos hacer ya por él. Lo dejaremos aquí, y mañana decidiremos.

—Te consta que no ha sido un accidente, Keith —dijo, hablando despacio, el escritor—. El escape de gas se ha producido después de la explosión. Posiblemente, a causa de ella. De no ser así, todo esto hubiese volado por los aires.

Keith descubrió un extraño brillo en sus pupilas.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo intuyo. Glen Browne debió sentirse desvelado, decidió bajar a practicar un poco. Alguien le arrojó el explosivo... Una de las mismas pelotas, convenientemente preparada, puede convertirse en potente explosivo al ser golpeada. —Lorimer le escrutó el semblante atentamente.

—Me parece que sabes demasiado, Geo.

Ambos se encontraban solos en el exterior de la casa. Los restantes invitados habían rehusado presenciar de cerca la nauseabunda escena, y los observaban desde los ventanales.

Duncan levantó los hombros, haciendo un gesto escéptico.

—Recuerda que soy escritor, Keith.

—¿Sólo eso, Geo?

—Exacto, Keith, sólo eso. Y en cuanto a mis conocimientos, te diré también que eres un policía, ¿verdad, Keith?

Lorimer le miró largo rato y, aún a sabiendas de que quizá estaba cometiendo un error, dijo, con las mandíbulas tensas, en tono quedo, silabeante:

—Algo así, Geo. ¿O debo llamarte Peter Weser?

Duncan frunció el entrecejo y, durante unos instantes, se plasmó en su rostro una expresión de completo desconcierto. Pensó Lorimer que fingía como el mejor de los actores.

—¿Cómo has dicho, Keith?

—Peter Weser —repitió, inexpresivo, el agente del FBI sin apartar la mirada de sus ojos—. Más concretamente: ex teniente de la SS, Peter Weser.

Duncan permaneció en silencio un tiempo indefinido, y luego acabó dejando escapar una suave risita.

—Conque es eso, ¿eh, Keith?

—Exacto, Peter.

—¡Oh! Deja de llamarme así —denegó el escritor, ampliando la risa—. Puedo demostrar que no soy ese Peter Weser de la SS al que buscáis. ¿Todavía andáis tras él para juzgarlo como criminal de guerra?

Lorimer advirtió un leve tono burlón en su entonación.

—Sólo queremos protegerlo —replicó, ceñudo—. Y haces mal en resistirte a reconocer tu verdadera identidad.

Duncan se puso repentinamente serio.

—He dicho que puedo demostrar quién soy, Keith —recordó—. Desde luego, estuve en la guerra, pero como simple cabo de la Wehrmacht. Nada tuve que ver con los nazis de la Gestapo o la SS. Y, desde luego, mi verdadero nombre es Kruger. Rolf Kruger. No soy el Weser que buscáis para llevarlo ante un tribunal.

—No lo buscamos para eso, Geo.

En el semblante del escritor se plasmó un gesto de extrañeza.

—¿No?

—He recibido la orden de descubrir a Peter Weser y protegerlo. Eso es todo.

—¿Pertenece a la CIA o al FBI, Keith?

—¿Tiene importancia eso?

—Para mí, sí.

Lorimer decidió seguir por el mismo camino, una vez adentrado en él. Dijo, escueto:

—FBI.

—Ya.

—Y te advierto que esta conversación deberá permanecer en el más absoluto secreto.

—Descuida —sonrió, desganado, el falso Duncan—. ¿De verdad queréis encontrar a Weser para protegerlo?

—Ésa es la orden que he recibido, por extraña que parezca.

—Desde luego que es insólita —reconoció, cabeceando, Kruger—. Hasta, ahora, siempre que habéis perseguido a los ex miembros de la Gestapo o la SS, fue para juzgarlos.

—Han transcurrido treinta años, desde entonces —dijo Lorimer—. Yo ni siquiera había nacido.

El escritor se frotó el mentón, dubitativo, durante unos segundos y, tras la pausa, comenzó a decir:

—Escucha, Keith, estoy muy agradecido a la hospitalidad de tu Gobierno, aunque ellos desconozcan la verdad sobre mí. Cuando penetré en tu país, de forma ilegal, hace ya dieciocho años, los primeros tiempos fueron difíciles. Tuve que andar huyendo del Servicio de Inmigración durante más de cinco años. Luego, conseguí legalizar mi situación en los Estados Unidos por un procedimiento... que no viene a cuento. El caso es que, desde entonces, he considerado a este país como al mío propio. He recibido apoyo y ayudas desinteresadas —hizo Kruger una pequeña pausa voluntaria, para a continuación concluir—: Considero que, en cierto modo, estoy en deuda con vosotros.

Lorimer tuvo el convencimiento de que Geo Duncan, o Rolf Kruger, le estaba diciendo la verdad. Interesado, invitó:

—Continúa...

—Conozco el nombre que actualmente utiliza Peter Weser, y también poseo fundadas sospechas del nombre de las personas que tratan de eliminarlo para quedarse con el oro.

Lorimer se sintió, de repente, profundamente interesado.

—¿De qué oro estás hablando, Geo?

Ahora, el extrañado fue el alemán.

—Del que Weser logró introducir en los Estados Unidos,

naturalmente. ¿Es que acaso lo ignoráis?

Lorimer suspiró hondo, y trató de mostrarse sereno.

—Vayamos por partes, Geo —pidió, moviendo las manos—. ¿Por qué no comenzamos por el principio, y lo explicas todo detalladamente?

El escritor miró, receloso, en dirección a la casa.

—Aquí no, Keith. La persona interesada en liquidar a Weser nos está observando desde los ventanales. Es mejor que regresemos junto a ellos y les digamos que deben irse a dormir. Que por la mañana avisaremos a la policía.

—Pero...

—Te aguardo en mi dormitorio cuando todos se hayan retirado, Keith. Es la última puerta a la izquierda de tu mismo pasillo. Allí podré hablar con seguridad y mostrarte las pruebas de todo cuanto he dicho.

Y sin esperar las palabras de Lorimer, el escritor se encaminó; decidido, hacia la vivienda.

CAPÍTULO VI

Todos se mostraron conformes con la idea de dormir el resto de la noche y avisar por la mañana a la policía. La verdad era que estaban deseando aceptar la sugerencia formulada por Geo y Keith, y no tardaron demasiado en dejarse convencer.

Fueron subiendo a sus respectivos dormitorios y, finalmente, quedaron en el salón Tessie y Keith.

El joven observó unas leves arrugas de preocupación en el hermoso semblante de la chica y, acercándose a ella, habló quedo:

—No te preocupes demasiado. El caso va por buen camino.

—¿Tú crees? —Estoy seguro.

—Lo de Glen no ha sido un accidente, ¿verdad? Lorimer sacudió la cabeza, en lenta negativa. —Un asesinato premeditado, Tess—. Con él ha desaparecido uno de mis sospechosos, ¿no?

—Así es.

—A menos... —dijo ella, pensativa.

—¿Qué, Tess?

—Estoy pensando en la posibilidad de que Weser se adelantara a su ejecutor, decidiéndose a actuar antes que el otro.

Keith se pasó la mano por la nuca.

—Es una hipótesis posible, Tess —reconoció—. Te aseguro que también he pensado en ello. —¿Y la has desechado?

—Todavía no —respondió Lorimer—. Ahora será mejor que subamos a nuestras habitaciones, Tess. Debo comunicar al inspector Hudson lo sucedido.

Ella se hallaba muy cerca de él, y levantó la cabeza, mirándolo fija a los ojos, y musitando:

—Y después..., ¿regresarás junto a ella, Keith?

—¿A qué te refieres?

—No trates de disimular. Te vi abandonar la habitación de Dinah, segundos después de producirse la explosión. Estás aprovechando bien el tiempo en Villa Edén, ¿eh, Keith?

A Lorimer le pareció vislumbrar un fugaz destello de celos en las pupilas de Tessie. Pensó en la forma de no molestar a la muchacha, pero al fin replicó, algo confuso:

—Bueno..., nunca dejo escapar una ocasión cuando se presenta, nena. ¿Te importa?

Tessie compuso una mueca desdeñosa.

—¿A mí? Siempre que ella lo consienta, y a ti te gusten las mujeres pequeñas...

—Me gustan todas..., a condición de que estén bien proporcionadas y sean atractivas.

—Debo admitir que Dinah reúne ambas condiciones.

—Así es.

La siguiente pregunta de Tess sorprendió al joven:

—¿Cómo me encuentras a mí, Keith?

Ahora no tuvo dudas Lorimer de que Tessie Larson se hallaba celosa, aunque desconocía los motivos que pudiese tener. Alargó los brazos y, sujetándola por los hombros, dijo, sin mentir:

—Eres de una belleza turbadora, Tess.

Acto seguido, inclinóse sobre ella y posó los labios en su carnosa boca entreabierta.

Tessie reaccionó de forma insospechada.

Echó los brazos desnudos al cuello de Keith, y aplastó su turgente cuerpo al del joven, al tiempo que le besaba ávidamente, en súbito arrebató apasionado.

Keith no era de piedra, y correspondió debidamente.

Luego, tuvo que desprenderse de ella, haciendo un titánico esfuerzo, y, apartándose un poco, dijo:

—No es el momento adecuado, encanto.

Ella frunció el ceño, decepcionada.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—Tengo que comunicar con Tom, nena. Sé comprensiva y ten un poco de paciencia, caray.

—¿Cuánto de paciencia, Keith?

—Bueno..., aún no puedo decírtelo.

Tessie Larson no se preocupó de mostrar abiertamente la

contrariedad que sentía en aquellos momentos. Fijando una escrutadora mirada en el joven, inquirió mordaz:

—¿Seguro que ése es el único motivo, Keith?

Lorimer le cogió la barbilla entre los dedos, y volvió a besarla brevemente.

—Prometo solemnemente demostrártelo, sin lugar a dudas, cuando todo se acabe, Tess.

Acto seguido, giró sobre los talones y subió a su habitación.

Tan pronto hubo cerrado la puerta por dentro, se dirigió al teléfono, sin preocuparse de que continuaba con un corto pantalón como única vestimenta. Estableció contacto rápidamente con Hudson.

—¿Estás ahí, Toro?

Desde el otro extremo del hilo, le llegó la risita sarcástica del inspector.

—No, estaba tostándome al sol de las Bermudas, pero he decidido acudir al teléfono al sospechar que eras tú, muchacho.

—No estoy para bromas, Tom.

—¿Y para qué crees que estoy yo? —rugió Hudson repentinamente encolerizado—. Llevo más de una hora intentando establecer contacto contigo. ¿Por dónde andabas?

—Por ahí.

—De exploración, ¿eh?

—Eso es.

—¿Y a cuántas hembras has cazado, muchacho?

—Eres un mal pensado, Tom.

—Está bien —suspiró Hudson y, tras una breve pausa, empezó a decir—: Tenemos todo lo referente a Glen Browne. Puedes descartarlo como presunto asesino de Weser. No creo que él lo haga.

Keith asintió lentamente.

—Yo también opino lo mismo, Tom. Hace un rato que lo descarté.

—Bien, muchacho, bien —aprobó Hudson—. Veo que aún te funciona el cerebro. Browne vive de las —dádivas de una mujer madura a la que le sobran los dólares. ¿Lo comprendes?

—Del todo, Tom. Browne vivía de eso a cambio de ciertos favores.

—Y sigue viviendo de ello, Keith.

—Te garantizo que ya no, Tom.

—Oye, Keith, hace tan sólo una hora y media que hemos interrogado a la dama en cuestión. Al principio se resistió —un poco, pero acabó confesando que ayer mismo regaló mil dólares a Browne. Sigue viviendo de eso.

—Glen Browne ha muerto, Tom.

A través del micro pudo escuchar el resoplido de sorpresa que emitió Hudson.

—¡Repítelo!

—Le han convertido la caja del pan en mermelada, Tom. Al parecer, lo hicieron con un explosivo. Puede decirse que ha sido la primera víctima en este dantesco fin de semana.

El inspector del FBI tardó unos instantes en reaccionar. Luego, Keith escuchó su áspera voz:

—¿Y dónde infiernos estabas tú, Keith?

—Lejos del lugar donde ocurrió, Tom.

—¿Y para eso te envié, maldita sea?

—¿Qué quieres? ¿Qué me convierta en el ángel protector de toda esta gente? —replicó brusco Lorimer—. Si no te interesa que siga en el caso, me envías a un sustituto y empiezas a darle curso, de una vez, a mi dimisión.

—¡Olvida eso, ahora! —chilló Hudson—. Quiero que descubras cuanto antes a Weser. ¿Lo comprendes?

—¿Tengo que buscar también el oro, Tom?

—¿Cómo dices?

—Oro —dijo Keith lentamente—. O-r-o.

Después de unos instantes, volvió a escuchar a su jefe:

—¿Has bebido mucho, Keith?

—Escucha con atención, Tom —dijo el joven conteniendo a duras penas el furor que experimentaba—. En relación a Peter Weser, existe oro y no creo que proceda de una mina oculta. Ignoro si me has tomado el cuero cabelludo deliberadamente, o si también eres víctima de nuestros queridos jefes. Los superiores intocables, que siempre se guardan la última carta en la manga. Trata de averiguar lo que estamos buscando y te prometo ser infalible como un sabueso bien entrenado.

—¿De dónde has sacado esa información?

—De Geo Duncan.

—¿El escritor?

—Exacto. Y añadiré mi impresión personal de que me estaba diciéndome la verdad.

—Pero él estuvo en la Alemania nazi, ¿no?

—Como simple cabo de la Wehrmacht, Tom. Entró clandestinamente en los Estados Unidos hace dieciocho años. Luego ha tenido éxito como escritor y nadie se ha preocupado de escarbar en su pasado. Un tanto para anotar en la cuenta de los chicos de Inmigración.

Hubo un silencio y, a continuación, inquirió Hudson:

—¿Cómo puedes estar tan seguro de todo eso, Keith?

—Tengo una entrevista concertada con él para dentro de unos minutos. Ha prometido facilitarme datos bastante interesantes. Sobre todo, la identidad actual tras la que se oculta nuestro antiguo teniente de la SS, Peter Weser.

Otra vez pudo escuchar la exclamación de sorpresa que soltó Hudson. Se puso a hablar precipitadamente:

—Escucha, Keith, ahora mismo me traslado, con varios muchachos, a River Green, el pueblecito más cercano a Villa Edén. Tan pronto tengas a Weser en tus manos, me telefoneas al número que te voy a dar, y estaremos ahí en cuestión de minutos. Apunta.

—No hace falta, Tom, puedes decirlo.

Hudson dio el nuevo número, y Lorimer lo repitió dos veces, grabándolo en la memoria.

—Y no trates de hacerte el listo, ¿estamos, Keith?

—De acuerdo. Pero no acudáis hasta que os llame. Y otra cosa, Tom...

—¿Qué?

—Destaca a un par de muchachos, y que retiren el cadáver de Glen Browne antes del amanecer. Que suban por 3a ladera delantera, y que procuren no ser vistos.

—¿Para qué quieres hacerlo?

—Es que resulta antiestético girado ahí en el césped, ¿sabes?

—¡Keith!

—Está bien, Tom. Deseo desconcertar al asesino y, además, no sabría qué hacer con él. Abur, jefe.

Ahorquillando el auricular, buscó una camisa y se la puso,

dejando los faldones fuera. La temperatura era alta y el calor llegaba a ser sofocante. Se aproximó a la puerta y permaneció escuchando unos instantes.

Fuera, todo parecía estar en calma.

Abrió lentamente la hoja, y se deslizó, desprovisto de zapatos, por el pasillo en tinieblas. Caminó, cauteloso, procurando eludir los obstáculos, en dirección al dormitorio de Kruger.

Llegó sin novedad ante la puerta, y tanteó en las sombras hasta encontrar el pomo, sin atreverse a llamar con los nudillos, por temor a producir el menor ruido que pudiese alertar a los otros.

Giró el abridor, y comprobó, satisfecho, que el escritor había tenido el acierto de no cerrar por el interior.

Penetró en la habitación, inundada de luz.

Y enseguida se dio cuenta de que Rolf Kruger, alias Geo Duncan, no podría hacerle ninguna confidencia.

Porque una persona a la que le ha sido cortada la yugular de un certero tajo, no puede hablar.

CAPÍTULO VII

Keith Lorimer cerró la puerta a su espalda y avanzó, aturdido, como si hubiese recibido un mazazo, en pleno rostro. Imprecó una maldición entre dientes contra su maldita ineptitud por no haber obligado a Kruger a ser más explícito junto al cadáver de Browne.

Ahora yacía boca arriba en el lecho, convertido también en un cadáver que nada podría explicar.

Mostraba Ja garganta abierta de lado a lado del cuerpo y las blancas sábanas se veían empapadas en sangre. Los ojos, desmesuradamente abiertos, indicaban el pavoroso estado de terror en que lo sorprendió la muerte.

Paradójicamente, lo primero que pensó Lorimer fue que ahora sí le aceptarían la dimisión. Y hasta era muy posible que el propio Hudson le diese un puntapié en el trasero, por estúpido.

Y se lo tendría merecido.

Observó que la pequeña valija de Kruger se hallaba abierta sobre una mesa ratona, y se dirigió a ella comenzando a inspeccionarla. Se desentendió de la escasa ropa que contenía, y centró su atención en el portafolios insertado en la bolsa de la tapa.

Lo abrió y tuvo el convencimiento de que había sido registrado con anterioridad, por el estado revuelto de lo que contenía. Apuntes de una próxima novela, que nunca acabaría el escritor, y varios documentos, que Lorimer leyó, interesado.

La amarillenta cartulina y el viejo certificado de alistamiento que Lorimer sostenía en las manos, demostraban la autenticidad de lo que el escritor le dijera en el campo de minigolf. Su verdadero nombre era, en efecto, Rolf Kruger y, durante la contienda mundial, fue un simple cabo en la Wehrmacht. Todo encajaba.

Hasta la evidencia inequívoca de que habían desaparecido las

comprometedoras pruebas que podrían demostrar la verdadera identidad actual de Peter Weser, No tuvo la menor duda de que ése era el móvil del crimen: cerrar la boca a Kruger.

Y nadie más interesado que el propio Weser.

Al parecer, el ex teniente de la SS no estaba dispuesto a detenerse ante un asesinato, con tal de seguir manteniendo oculta su personalidad. Y la orden que tenía de Hudson era encontrarlo, y protegerlo contra los fanáticos israelíes.

A un agente del FBI, o de cualquier otro Servicio de Contraespionaje del mundo, se le pide acción, y no juzgar la justicia de las órdenes que recibe de sus superiores.

Pero Keith Lorimer había leído algo sobre los campos de exterminios nazis, y no lograba sustraerse a la idea de que los judíos no podían ser tachados de fanáticos, por perseguir sistemáticamente, de forma inexorable, a los responsables del genocidio.

Los hombres de MOSSAD tenían perfecto derecho a ello.

Guardó los documentos extraídos del portafolios de Kruger, insertándolos entre el pantalón y la carne. Sacudió la cabeza, pesaroso, y se aproximó de nuevo al cadáver.

Lo tocó, notando que estaba aún caliente. Hacía escasos minutos que le habían abierto la garganta para evitar que hablase. Y su ejecutor no podía ser otro que el propio Peter Weser. ¿Qué interés podría tener su Gobierno en proteger a un tipo como aquél?

De pronto, sintió un leve roce junto a la puerta y saltó instintivamente en dirección a ella. Se adosó a un lado del quicio y aguardó, conteniendo la respiración.

La puerta se abrió, de manera sigilosa, y en el umbral se enmarcó Julie Kester.

Contempló atónita el horrible espectáculo que se ofrecía a sus ojos, y abrió la boca para chillar, aterrada.

Lo impidió Lorimer, saltando sobre ella y rodeándole la cabeza desde atrás con el brazo, al tiempo que ponía la mano con fuerza sobre los labios femeninos.

Julie Kester siguió mirando, con ojos desorbitados por el espanto, la horrenda escena y tiró Lorimer de ella hacia el interior, cerrando suavemente la puerta con el pie. Sin aflojar la presión sobre su boca, explicó, junto a su oído, el agente:

—No lo hice yo, si es lo que estás pensando, chica. Hace unos minutos que lo encontré tal como está.

Ella no dio señales de haberle escuchado y tuvo que repetir Keith:

—Es un asesinato, pero yo no lo he cometido. Entre otras cosas porque soy el primer interesado en que viviera. Geo se disponía a revelarme importantes confidencias y alguien se me adelantó, impidiéndoselo. ¿Lo comprendes?

De espaldas a él, y sujeta como estaba, Julie Kester movió la cabeza levemente en sentido afirmativo.

—¿Gritarás si te suelto?

Ahora la chica negó con otra cabezada.

Keith fue soltándola despacio, y Julie Kester aspiró, llenando de aire sus pulmones, antes de musitar, sin salir de su asombro.

—¡Es horrible..., Dios mío!

—Un asesinato es siempre algo bastante feo, Julie —comentó, en tono grave, Lorimer, al tiempo que daba la vuelta, situándose frente a la muchacha.

Según la descripción de Tessie Larson, Julie, la hija del senador, era una chica desprovista de convencionalismos, atrevida con los hambres y despreocupada en el vestir, precisamente por su carencia total de prejuicios.

Lorimer la observó sin disimulos.

Se trataba de veintitrés años pletóricos de hermosura morena. Cabellos negros cayéndole en cascada sobre los hombros. Ojos oscuros, grandes y rasgados. Boca de labios golosos, gordezuelos y de un color rosa natural, sin *rouge*.

Vestía un fino camisón de nylon, que velaba tenuemente sus múltiples y turgentes encantos íntimos. Porque otro de los infinitos atractivos de Julie Kester consistía en el cuerpo escultural, esbelto y lleno de redondeces que poseía.

Cuando se la presentaron, no se fijó debidamente en ella.

Mirándola fijamente a los ojos, inquirió Keith:

—¿Qué te ha traído al dormitorio de Geo, Julie?

Ella iba saliendo poco a poco del terror que la paralizaba, pero mantenía la mirada clavada en el cuerpo ensangrentado de Kruger, como fascinada. Keith la cogió por los hombros y, haciéndola girar, la puso de espaldas al cadáver.

Repitió la pregunta:

—¿Qué te trajo a ver a Geo, Julie?

La chica parpadeó repetidas veces.

—Ocupo la habitación contigua a ésta —comenzó a decir con voz débil—. Estuve dudando en acudir...

—Eso no contesta mi pregunta, Julie.

—Pensé... que Geo me podía necesitar.

Lorimer frunció el ceño, extrañado.

—¿Para qué podía necesitarte él, Julie?

La chica levantó la cabeza hacia Keith, y éste vio brillar las lágrimas, que fluían mansamente de sus ojos y resbalaban por sus pálidas mejillas.

—El... padecía del corazón. No quería que nadie lo supiese y trataba de ocultarlo a todos. Al escuchar rumor de voces, pensé que tendría uno de sus ataques.

Lorimer fue a decir que había sido el peor ataque de todos los sufridos, pero se contuvo a tiempo. No obstante, quiso aprovechar el momento de confusión de ella y preguntó, sin darle tiempo:

—¿Sólo lo sabías tú?

—Aquí, sí.

—¿Por qué? ¿Acaso tenía más amistad contigo que con los restantes compañeros del grupo? —Bueno..., no es eso—. ¿Qué es, entonces, Julie?

—Geo ha sido siempre un buen amigo de mi familia. Hace muchos años que pasaba largas temporadas en casa de mis padres. Escribiendo. Eran muy amigos.

Lorimer comenzó a explicarse, en parte, el fracaso del Servicio de Inmigración respecto al —alemán Rolf Kruger. Decidió indagar la veracidad de lo que estaba diciendo ella, y preguntó, cauteloso:

—Entonces..., sabrás que su verdadero nombre no era Geo Duncan, ¿verdad, Julie?

La hija del senador le escrutó el semblante...

—¿Lo sabes?

—¿Qué es lo que tengo que saber, Julie? —Que Geo era un refugiado alemán. Durante la Segunda Guerra Mundial fue cabo del ejército, pero jamás estuvo identificado con el régimen nazi—. Ya —asintió despacio Lorimer—. Dime su nombre, Julie.

—Rolf Kruger. Era una excelente persona que no podía...

—¿Qué más puedes decirme de Kruger, Julie?

La chica se hallaba ya completamente repuesta de su primera impresión, y se resistió a contestar. Estuvo largo rato mirando a los ojos del joven, antes de preguntar:

—¿Por qué deseas saber tantas cosas de Geo?

—Hemos quedado en que su nombre era Rolf Kruger, Julie. Y en cuanto a mi interés... Deseo descubrir al que lo mató.

—¿Es eso cierto, Keith?

Lorimer meditó unos segundos lo que iba a decir y, después, le explicó, sin rodeos:

—Pertenezco al FBI, Julie. Andamos tras la pista de otro alemán menos inocente que Kruger y éste era el eslabón que podía conducirnos al que buscamos. Desgraciadamente, el eslabón se ha roto y necesito saber el máximo en relación a Rolf.

Julie lo miró interesada.

—¿De verdad eres del FBI?

—Lo soy aunque ahora no puedo demostrártelo, Julie —respondió con grave entonación Lorimer—. No llevo mi carnet encima, dada la índole de mi misión. Tienes que creerme. Necesito la mayor información que puedas darme de Kruger.

Julie encogió los hombros, sin apartar la vista de Keith.

—Lo siento. Es muy poco lo que conozco de su vida anterior. Sólo que era un refugiado alemán y que perteneció al ejército, así como su verdadero nombre. Eso es todo.

Lorimer se frotó, pensativo, el mentón.

—Pero seguro que tu padre puede facilitarnos mayor información, ¿verdad, Julie?

En los ojos de la chica se reflejó un súbito temor.

—Keith..., la carrera de mi padre... Jamás me perdonaría que, por mi culpa, saliera perjudicado.

Lorimer torció la boca en ácida sonrisa.

—No te preocupes, encanto. Con un senador de los Estados Unidos hay que andar con pies de plomo. Trataremos de sondearlo de una forma discreta. Si realmente está complicado en algo...

Keith descubrió un destello en las oscuras pupilas femeninas.

—¡Mi padre no ha cometido ningún hecho deshonesto, Keith!

—Está bien, está bien —la calmó el joven—. No he querido decir eso, Julie.

Después de una breve pausa, pidió el agente:

—¿Estás dispuesta a guardar silencio sobre la muerte de Kruger?
Julie le miró, sin comprender.

—No entiendo...

—Necesito tiempo, Julie. Nada podemos hacer por el pobre Rolf y, sin embargo, puede sernos muy útil si no decimos a nadie que ha muerto. Aquí cada uno se acuesta y se levanta cuando le da la gana, ¿verdad?

—Sí, pero el asesino...

—De eso se trata, precisamente, encanto. Sólo él y nosotros dos sabremos que Kruger está muerto. Puedes, incluso, ayudarme si lo deseas, Julie.

—¿Cómo?

—Estudiando atentamente las reacciones de los demás. Es muy posible que el asesino se muestre algo nervioso.

Julie guardó silencio unos instantes.

—Lo de Glen no fue un accidente, ¿verdad, Keith?

—Puedes asegurar que no.

—¿Tienen relación las muertes de Glen y Rolf?

Lorimer dio una cabezada.

—Con toda seguridad.

Julie hizo una nueva pausa y, después, murmuró, pensativa.

—¿Sospechas de alguien en particular, Keith?

—Tengo algunas ideas, pero, realmente, debo confesar que nada concreto.

—Sin embargo..., hablas del asesino en masculino. ¿No has pensado que esto lo haya hecho una mujer?

Verdaderamente, aquella idea no había pasado por la mente de Lorimer, y decidió pensar en ella en adelante. No podía permitirse el lujo de despreciar ninguna posibilidad. Poniendo las manos sobre los hombros de la chica, sonrió ligeramente.

—¿Ves cómo puedes ayudarme?

Julie le miró intensamente al fondo de los ojos.

—¿Por qué confías en mí, Keith?

Lorimer se inclinó y posó los labios en la mejilla satinada de Julie Kester, que había recuperado el color habitual.

—Porque las lágrimas que han resbalado por tu rostro, y cuyo amargor siento ahora en mis labios, eran sinceras. Y porque la

expresión de horror y dolor que reflejaba tu bonito semblante, al descubrir a Kruger, no podría conseguirla ni la mejor actriz de Hollywood.

—Gracias, Keith. En cuanto a mi padre...

—No te preocupes por eso. Sabremos interrogarle con el debido tacto. Nada saldrá a la luz si no ha cometido ningún acto deshonesto, como tú aseguras. Ahora será mejor que vuelvas a tu habitación y trates de dormir algo, en lo poco que queda de noche.

Julie asintió, sumisa.

Lanzó una nueva y dolorida mirada al cadáver de Rolf Kruger y, luego, el propio Lorimer la acompañó a la salida.

Minutos después, ambos se encontraban otra vez en sus respectivas habitaciones, tras dejar bien cerrada la puerta del dormitorio de Kruger, y las luces apagadas.

Keith pensó en establecer contacto con Hudson, pero, después de pensarlo brevemente, desistió. Lo haría por la mañana, al levantarse. Ahora necesitaba reponer fuerzas, y tumbarse en la cama, repasando mentalmente lo ocurrido hasta entonces.

Se dirigió al armario empotrado, donde, en uno de los rincones, había dejado oculto su revólver. Estaría más tranquilo si lo tenía a mano, bajo la almohada.

Después de unos minutos buscándolo, arrugó el ceño, sorprendido.

El arma había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

Eran más de las nueve de la mañana del sábado, cuando Keith Lorimer se metió bajo el chorro helado de la ducha, después de un sueño inquieto y lleno de desasosiego.

Seguía pensando en el estado de la situación.

Descartados Kruger, por muerte, y Marcus Nolan, el diputado de Nebraska, cuyo pasado se conocía desde la niñez, sólo le quedaban dos posibles candidatos a ser Weser: Archie Russell, el astrólogo, y el agente de Bolsa neoyorquino, Phil Dalton.

Podía comprenderse la eliminación de Kruger para evitar que hablase, pero... ¿por qué habían matado también a Glen Browne? Aquello no encajaba como pieza del rompecabezas, por más vueltas que le daba. Era la gran incógnita del caso.

Saliendo de la ducha se puso un *slip*, después de frotarse vigorosamente, y conectó con Hudson.

Cuando le relató todo lo sucedido, Tom se puso hecho un basilisco y le llamó todo lo que se le ocurrió. Keith lo soportó estoicamente y, al acabar el inspector, le elijo que se entrevistara con el senador Kester y recabase la mayor información posible respecto a Rolf Kruger y, sobre todo, si Kester conocía la identidad de Weser a través de alguna confidencia de Kruger.

De haber podido, Tom le hubiese arreado un guantazo a través, del hilo cuando le pidió lo del senador. Le dijo que estaba loco de atar y tinas cuantas lindezas más, pero Keith se mantuvo inflexible y le relató el tema de su entrevista con Julie. Tom acabó accediendo a hacer lo que le pedía, después de emitir unos gruñidos.

Keith ahorquilló, malhumorado. Se puso una camisa sobre el torso desnudo, dejándosela desabrochada, y se encaminó al salón de la vivienda, sintiéndose desnudo. El saber que le habían robado el

revólver, le hacía experimentar una extraña sensación de malestar.

En el salón se hallaban reunidos todos los invitados, a excepción de Kirk Travis, Patricia y Marcus Nolan, y, naturalmente, Geo Duncan. Lorimer observó que el nerviosismo los_ dominaba a todos. Desparramó la mirada por ellos, inquiriendo:

—¿Qué sucede?

—El cuerpo de Glen ha desaparecido, Keith —informó el astrólogo, adelantándose a los demás—. Estoy tratando de convencerles de que debe intervenirla policía.

Lorimer frunció el entrecejo fingiendo asombro.

—¿Que ha desaparecido?

—Eso es, Keith —cabeceó Russell, algo excitado—. Aquí están sucediendo cosas extrañas y hay que ponerlas en claro.

—Lo de Browne fue un accidente, Archie.

—Entonces, ¿por qué ha desaparecido?

—Bueno..., eso es bastante raro, desde luego.

—Y yo insisto, una vez más, en que debe venir la policía —afirmó Russell dirigiéndose, resuelto, al teléfono.

Lo descolgó, y se disponía a comenzar a marcar, cuando Gilbert Bioff se adelantó y cortó la comunicación, poniendo la diestra sobre el aparato.

—Aguarda un momento, Archie; debemos seguir discutiéndolo. Particularmente, no me hace ninguna gracia que los polizontes se metan en mi vida.

Russell le miró, incrédulo.

—Pero ¿no te das cuenta de que debemos hacerlo?

—¿Por qué, Archie? —inquirió sereno Bioff—. Si lo de Glen fue un accidente, como hemos deducido, ¿qué está la policía indagando por aquí y haciendo preguntas molestas para todos? —¡El cadáver ha desaparecido, Gilbert!— casi gritó Russell. —¿No es eso suficiente?

Lorimer se adelantó, interviniendo en la disputa:

—En parte, estoy de acuerdo con Gilbert. Siempre tendremos tiempo de avisar a la policía, cuando estemos seguros de lo que podemos decirles. Es posible que el cuerpo de Glen haya rodado y se encuentre en la ladera, entre los arbustos.

—¿Y quién lo puso allí, Keith?

—No lo sé, Archie, sólo digo que es una posibilidad. Además,

este asunto deberíamos discutirlo entre todos y ponerlo a votación, ¿no os parece?

—Yo digo que hay que avisar a la ley —siguió terco Russell.

De pronto, Tessie dirigióse al joven, indagando:

—¿Dónde está Geo, Keith?

Lorimer le escrutó el semblante unos segundos, y luego acabó encogiéndolo los hombros.

—¿Me lo preguntas a mí, Tess? Vengo de la ducha y acostumbro a hacerlo solo, encanto.

Fue Julie Kester la que se encargó de informar:

—Me llamó cuando pasé, hace unos minutos, por la puerta de su habitación. Me dijo que no se encontraba muy bien y que se estaría en cama todo el día. Me pidió que yo misma le subiese algo de comer, más tarde.

—Propongo que salgamos al exterior y busquemos el cuerpo del pobre Glen —dijo de pronto Gilbert—. Después, decidiremos lo que debemos hacer.

—A mí me parece una buena idea —accedió Dinah Brook, que lanzaba fugaces miradas a Lorimer.

El agente encogió los hombros, componiendo una mueca indolente, mientras decía:

—Yo voy a darme un baño, y después os echaré una mano.

Archie Russell abrió los ojos, incrédulo.

—¿Cómo puedes pensar en bañarte en unos momentos como éstos, Keith?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer, Archie? En caso de votación, mi voto es contrario a que venga la policía.

—Y te diré lo que debemos hacer, Keith —siguió terco Russell—. Avisar cuanto antes a la ley.

Lorimer le dirigió una mirada sardónica.

—Me temo que de eso te encargarás tú si llega el caso, Archie. Estaré en la piscina.

Y sin decir nada más, giró sobre los talones y salió de la casa dirigiéndose tranquilamente a la piscina. Mentalmente, tachó de la lista a Archie Russell, como presunto Peter Weser. Su interés en que acudiese la policía no era fingido.

Zambulléndose en el cristalino líquido, nadó en vigorosa brazada. Dos veces consecutivas hizo el largo de la piscina y,

emergiendo chorreante, apoyó las manos planas en el borde, dispuesto a salir.

Entonces vio dos piernas bien torneadas y morenas ante sus ojos. Demasiado rellenas para su gusto.

Desde lo alto, le sonreía la sofisticada rubia Glenda.

—Te echo una carrera, campeón.

Lorimer se mantuvo dentro del agua, sujeto al borde.

—¿Dónde se quedó tu Adán, rubia?

Ella arqueó las cejas, sin comprender las palabras del joven. Después de unos instantes, se contoneó, riendo. Esta vez revestía un breve bikini, pero era tan mini que pensó Keith que lo mismo daba llevarlo encima como no.

—¿Tienes miedo a perder? —continuó riendo la exuberante rubia—. Te advierto que soy una buena nadadora.

—Y puede que Gilbert sea un buen pegador, nena. ¿No sería mejor que lo dejásemos?

—Gilbert no es mi dueño —dijo ella, repentinamente seria.

—El opina lo contrario. Al parecer, te compró en un mercado de esclavas, o algo parecido.

—No me digas que tienes miedo a Gilberto Keith. Tienes buena planta y unos músculos...

Alzando los hombros, gruñó indiferente Lorimer, atajándola:

—Adelante con la competición, rubia. Pierdes el tiempo contoneándote porque tienes mucha competencia por los alrededores. Pero si insistes en nadar... Antes de lanzarse al agua, reprochó Glenda: —Eres un bruto sin delicadeza, Keith. Un bruto como los que me gustan a mí.

Luego se zambulló, reapareciendo unos metros más allá. Agitó su rollizo brazo, gritando:

—Puedes empezar a nadar, Keith. —Las damas primero, Glenda.

La rubia Glenda nadó fuerte y con buen estilo, demostrando que en efecto era una excelente sirena. Keith fue tras ella y tuvo que esforzarse para alcanzarla, después de tres largos. Llegaron casi al mismo tiempo al mismo y, riendo fuerte, puso ella la mano sobre la cabeza del joven, sumergiéndolo.

Al reaparecer Keith, exclamó riendo Glenda:

—¡Te he ganado, Keith! ¿Soy o no una buena nadadora?

Desde el borde les contemplaba, ceñudo, Gilbert Bioff, y

masculló Lorimer haciendo un ademán:

—¿Por qué no se lo preguntas a Gilbert, rubia? Me parece que tiene algunas objeciones a tu estilo.

El millonario del «Jaguar» apretó los maxilares y, brillantes las pupilas, advirtió:

—Te lo dije, Keith; ella es mía.

—Oye, Gilbert... —comenzó a protestar Glenda.

—Te callas, muñeca —la cortó, seco, Gilbert.

Lorimer ondeó una mano, en dirección al millonario.

—Te la puedes quedar, Gilbert. Hay mucho ganado como para que discutamos, hombre.

Bioff oprimió los puños, diciendo silabeante:

—¿Dónde prefieres que le rompa, las narices, Keith?

¿Fuera o dentro del agua?

Lorimer le miró unos instantes y acabó asintiendo despacio:

—Fuera, y con música de fondo, Gilbert.

Apoyó las manos en el borde y, doblando los brazos, saltó al exterior de la piscina. En el agua quedó Glenda, relamiéndose los labios, como una gata complacida.

Dos hombres, jóvenes y fuertes, iban a zurrarse por ella.

CAPÍTULO IX

Gilbert Bioff subió la guardia, con excelente estilo boxístico, y, sin previo aviso, se lanzó al ataque. El millonario movía las piernas, exhibiendo una gran esgrima, y Lorimer se vio obligado a retroceder, sorprendido.

Bioff consiguió conectar un «uppercut» de derecha al mentón del agente, soltando el brazo con rapidez, aunque no demasiada contundencia. No obstante, Keith se tambaleó.

Su antagonista no quiso darle respiro.

Logró golpear, en zurdazo lateral, el costado de Lorimer, y dobló con un «crochet» de derecha, que se estrelló en el pómulos de Keith, arrojándolo sobre el césped.

En el suelo, sacudió Keith la cabeza, tratando de recuperar su normal visión.

En pie, riente, invitó Bioff:

—Vamos, Keith, sólo he comenzado.

Había quedado patente que Gilbert Bioff dominaba a la perfección toda la técnica del boxeo que, probablemente, practicaba de forma periódica. Pero él había echado los dientes repeliendo las dentelladas de los italianos y portorriqueños de su barrio, y se propuso demostrarle lo que era una pelea callejera.

Se incorporó sin perderlo de vista. Sin embargo, Bioff aguardó noblemente hasta que lo vio recuperado.

—¿Dispuesto a seguir encajando, Keith?

Lorimer asintió dando una lenta cabezada.

Gilbert avanzó de nuevo hacia él con la guardia a media altura, y el agente le dejó aproximarse. Bloqueó como buenamente pudo un alevoso directo de Bioff, y, después, le rodeó el cuerpo con los brazos.

Gilbert pensó que buscaba trabarlo para eludir el castigo, y comenzó a machacarle los costados en cortos ganchos.

De repente, boqueó, ansioso.

Una mueca de intenso dolor se plasmó en su semblante y el bronceado huyó, dando paso a un color lechoso. La rodilla de Lorimer había subido, estrellándose sin misericordia y de forma poco ortodoxa en su bajo vientre.

Bioff bajó los brazos y ofreció la tentadora nuca, vencándose hacia delante.

Lorimer pensó que era una lástima desaprovechar la ocasión.

Entrelazó ambas manos y descargó un mazazo mortal de necesidad en el cogote de Bioff, que le hizo caer desplomado como una res apuntillada. Quedó de bruces, completamente fuera de combate.

Respirando entrecortadamente, miró Keith a Glenda.

—No hace falta que tires la toalla, nena.

Ella lo contempló, entre admirativa y asustada.

—¿Le has matado, Keith?

—Vamos, vamos, rubia. Sólo está privado del conocimiento.

—¿Estás seguro?

Sin replicar, se agachó Keith y sujetando el desmadejado cuerpo de Gilbert por los sobacos, se aproximó con él al borde de la piscina. De un empujón, lo arrojó al agua.

Lanzó una divertida mirada a Glenda.

—Antes de diez segundos estará dispuesto, a continuar la discusión contigo, ricura. Uno..., dos..., tres..., cuatro.../ cinco...

La cabeza de Gilbert emergió en la superficie, arrojando agua mezclada con sangre por la boca.

Lorimer levantó las manos en cómico ademán y, antes de dar media vuelta alejándose, dijo:

—Ahora cuida de él y procura convencerlo, rubia.

Se encaminó al campo de minigolf. Aún no había llegado a él, cuando le interceptó el paso el gordo, de rostro estúpido, Brent Samson. Moviendo la cabeza, comentó:

—He visto toda la pelea, Keith.

—Sí, ¿eh?

—Y no me pareció muy noble de tu parte, Keith.

—Un árbitro me hubiera descalificado, ¿verdad, Brent?

—Seguro.

Keith se acercó más a él y, palmeándole la nuca en gesto amistoso, le dijo en tono bajo:

—Entre nosotros, Brent; sólo se trataba de que no me machacase los hocicos. Lo demás carecía de importancia. La próxima vez, te buscaré para que hagas de árbitro si procuras hacer la vista gorda, ¿estamos?

Sin aguardar respuesta de Samson, que se quedó estupefacto, siguió andando.

Al llegar a la pista de minigolf, tomó asiento en uno de los pequeños puentes que componía parte de los obstáculos a salvar. Paseó la mirada alrededor, con la camisa en la diestra y el torso desnudo.

Vio a Archie Russell, que buscaba por la ladera norte, en compañía de Kirk Travis. Por la parte sur, a la izquierda de la piscina, descubrió a Dinah Brook y el matrimonio Nolan. Parecían buscar afanosamente el cadáver de Glen Browne.

Lorimer no pudo evitar la mueca que floreció en su rostro.

Iban aviados para encontrar el cuerpo del campeón de golf que durante los últimos años había vivido gracias a los favores de una caprichosa millonaria.

Realmente, se sintió asqueado de aquel mundo.

Y se alegró íntimamente de su profesión, aunque, de vez en cuando, se le presentara una perita en dulce como aquel endiablado caso. Y hasta tener que aguantar los puyazos del bestia de Hudson.

De momento, nada podía hacer hasta que Tom le diese cuenta de su entrevista con el senador Kester. Si Kruger era tan amigo de él, entraba en el campo de lo probable que, en alguna ocasión, le hubiese hablado de la identidad de Peter Weser.

Y la parte principal del caso, estaría resuelta.

Su diestra se encontraba apoyada en el borde del pequeño puentecillo y, súbitamente, se percató de que sus dedos estaban tocando un delgado cable bajo el pequeño arco. Frunció el entrecejo, extrañado, porque si el tacto no le engañaba, se trataba de un cable eléctrico. Y toda la iluminación de la pista era aérea.

Disimuladamente, procurando no ser visto, introdujo la mano bajo el arco, siguiendo el cable, y, de pronto, sus dedos tocaron un objeto circular, que sobresalía.

Creyó saber de lo que se trataba, pero quiso comprobarlo.

Dirigió una mirada en torno, cerciorándose de que nadie reparaba en él. Al mirar hacia la casa, vio a una fugaz silueta que desaparecía súbitamente tras los cristales de una de las ventanas del piso alto. No tuvo tiempo de reconocer de quién se trataba.

Pero lo cierto es que había permanecido espiándolo desde un rato antes, y ya no se preocupó de disimular.

Miró bajo el puentecillo, inclinándose.

Tal como había supuesto, ante sus ojos tenía un pequeño micrófono. El cable se perdía bajo el arco del puentecillo, incrustándose en el césped. Lorimer estimó innecesario seguir la dirección del hilo, porque le constaba que el receptor se hallaría en una de las habitaciones de la enorme Villa Edén.

Y el micrófono se encontraba a unos cuatro metros del lugar donde hablaban Kruger y él la noche anterior. Lo suficiente para escuchar la conversación, y llegar a tiempo de eliminarlo.

Permaneció unos minutos pensativo, sin moverse de allí, dándole vueltas a la cabeza.

Y de pronto, su duro y agresivo semblante se iluminó, una amplia sonrisa sarcástica. Posiblemente no lograría descubrir la identidad baja la que se ocultaba Peter Weser, pero de una cosa estaba seguro: con la ayuda de Julie Kester, en la cual confiaba absolutamente, podría desenmascarar al asesino de Glen Browne y Rolf Kruger.

Se levantó, y buscó con la mirada a la chica.

No la vio en el exterior de la casa, y se encaminó, resuelto, a ella. Intentaría charlar a solas con Julie.

Ya alcanzaba el porche, junto al que estaban, estacionados los coches, cuando Dinah Brook surgió tras un «Ford» descomunal, y sonrió, interceptándole el paso.

—Anoche me quedé esperando, Keith —reprochó, suave—. No está bien eso de quitarle a una la miel de los labios.

Lorimer contempló unos instantes a la pequeña y bien proporcionada Dinah. Chasqueando la lengua, masculló:

—Anoche no estaba el horno para bollos, Dinah. No me digas que con el cuerpo de Glen aún caliente... Ella parpadeó, abanicando las largas pestañas. —¿Eres un tipo impresionable, Keith?—. No, pero todo tiene un límite, ¿no?

—Cualquiera diría que no conoces a las mujeres, Keith —susurró Dinah, insinuante—. En el amor no existen límites para nosotras, chico.

—Ya. Pero ocurre que uno tiene su corazoncito, ¿sabes? Con el pobre Glen mirando a las estrellas sin verlas...

Bruscamente, cambió el tema Dinah:

—¿Qué opinas de su desaparición, Keith?

Lorimer encogió los hombros en gesto impaciente. Tenía prisa por localizar a Julie y charlar en privado con ella, para tratar de descubrir al criminal. Estaba seguro de seguir la pista buena.

—Es evidente que se ha ido —replicó, desganado.

La muchacha arrugó la naricita.

—¿Cómo que se ha ido? Un muerto...

—Se las habrá arreglado, nena —interrumpió Keith palmeándole suave la mejilla—. No nos rompamos la sesera con un enigma como éste, ¿quieres, encanto? Ahora he de dejarte porque tengo prisa.

Dinah le miró, defraudada.

—¿Tan importante es, Keith?

—He recordado que dejé un crucigrama sin resolver en mi habitación. Me faltaba una palabra, y ya la tengo.

—¿Qué palabra, Keith?

—Asesina.

Dinah Brook respingó levemente, y después compuso un mohín de enfado.

—¿Tanto te apasionan los crucigramas, que los antepones a mí, amor mío?

—Ya lo ves, nena. Cada día puede llevarse uno la gran sorpresa.

—¿Puedo contar contigo esta noche, Keith? —inquirió Dinah, sin ruborizarse.

Keith recordó la sugestiva figura, apenas cubierta por el «Tentación», y se pasó la lengua por los labios, respondiendo:

—Puede que sí, mi vida.

CAPÍTULO X

Keith Lorimer anduvo más de media hora buscando a Julie Kester, sin conseguir encontrarla. Mientras pasaba el tiempo, su humor se iba empeorando y, por un momento, pensó que a la hija del senador le hubiese ocurrido algo irreparable.

Como último recurso, penetró en la cocina, y allí a la que halló fue a Tessie Larson.

La anfitriona masticaba, sin apetito, un emparedado.

Se encontraba sola y, al irrumpir Lorimer, dejó el emparedado sobre la mesa, y le dirigió una mirada, en la que pudo leer el joven una profunda preocupación.

—Tengo que hablar contigo, Keith —dijo sin preámbulos.

—¿Sí?

—¿Has conseguido averiguar algo sobre lo que está sucediendo? Te confieso que estoy francamente asustada.

—¿Y el susto te produce hambre, Tess?

—Te hablo en serio, Keith —recriminó ella—. No he probado bocado desde anoche, y trataba de ingerir algo.

—Comprendo.

—Sin embargo, la comida no me pasa por la garganta.

Lorimer alzó los hombros, en ademán de disculpa.

—Perdona, Tess.

La chica le miró con cierta ansiedad.

—Todo esto es espantoso, Keith.

—Es más o menos lo que esperábamos, ¿no? Sabíamos que en Villa Edén se cocinaría un feo asunto.

—Sí, pero...

—¿Qué, Tess?

—La desaparición del cadáver de Glen... ¿Te has encargado de

hacerlo desaparecer tú, Keith?

El agente no mintió al decir:

—Yo no me lo he llevado, Tess.

Ella se pasó la mano por los negros cabellos, en actitud preocupada. Después de unos segundos, murmuró:

—Entonces..., ¿quién ha podido ser?

—Tal vez el propio Peter Weser.

Tessie estuvo a punto de denegar, moviendo la cabeza con energía, pero acabó levantándola y clavó las oscuras pupilas en el rostro de Lorimer, diciendo despacio:

—No creo que haya sido él, Keith.

Lorimerladeó el cabeza, repentinamente interesado.

—¿No?

Tessie dio la impresión de meditar bien las palabras, antes de decidirse a pronunciarlas.

—Sospecho que sé quién es Peter Weser, Keith.

—No me digas.

—Desde que fueron llegando, no he dejado de observar ni un solo instante, a todos mis invitados, Keith. No puedo soportar, por mucho tiempo, la tensión a que estamos sometidos. Luego, el asesinato del pobre Glen acabó de... He pensado mucho en todo, Keith.

Lorimer se frotó el mentón, mirándola, inquisitivo.

—¿Quién es Weser, según tú?

—Phil Dalton.

—¿Dalton? —Pareció asombrarse Lorimer—. ¿En qué te basas para afirmar que Phil Dalton es Weser?

—Desde que descubrimos el cadáver de Glen, no ha cesado de hablar en voz baja con su esposa. Se muestra hosco, huraño... Como si tuviese remordimientos de conciencia.

—También es posible que sean los celos, Tess. Dalton es celoso en extremo y su joven esposa, Helen, no deja de coquetear con Travis. ¿No lo has notado?

Tessie asintió, moviendo la cabeza.

—Sí, pero no es eso, Keith.

—Me estás ocultando algo más, Tess. Recuerda que soy yo el experto y debo saberlo todo.

Tessie titubeó brevemente.

—Buena..., no puedo estar segura de nada, Keith. Es más bien... mi intuición femenina la que me guía.

—Vamos, vamos, Tess —dijo reprobativo Lorimer—. Tienes que ser franca conmigo si deseas que se acabe la pesadilla. Dime lo que sepas de Dalton.

A la muchacha se le soltó la lengua súbitamente:

—Ocurrió anoche, Keith —confesó hablando rápido—. Estaba oscureciendo cuando vi, desde la ventana de mi dormitorio, a Phil en el campo de minigolf. Ignoro lo que estaba haciendo. Observé que se inclinó unas cuantas veces. Media hora antes, estuvo hablando con Glen y éste le propuso hacer una partida. Phil se negó y Glen le dijo que jugaría sólo para practicar. Eso es todo, Keith.

Lorimer la miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué me lo ocultaste anoche?

Tessie se restregó las manos, nerviosa.

—Compréndelo, Keith... Todos son buenos amigos míos. Debía estar segura antes de acusar a uno de ellos. No podría perdonarme que por culpa mía...

—Vine para proteger a Weser, Tess —recordó Lorimer.

—¿Incluso después de haber asesinado a Glen Browne? No puedo creerlo, Keith.

—Está bien, dejemos eso. Supongamos que Dalton es Weser, y liquidó a Glen. ¿Por qué motivo lo hizo?

Tessie exclamó, levantando los brazos:

—¡Oh, Keith! Yo no soy policía. Supongo que era el agente israelí, o al menos así lo creyó Weser.

—¿Y por qué has dicho que Dalton no pudo retirar el cadáver de Glen, Tess?

—Verás..., los Dalton ocupan la habitación contigua a la mía. Estuve toda la noche desvelada, sin poder dormir. No pude escuchar ningún ruido sospechoso.

—Ya. —Hubo una larga pausa entre los dos. Keith volvió a pensar en que Julie Kester podía estar corriendo un grave peligro y, de pronto, dijo resuelto—: Tengo que dejarte, Tess. Voy a conectar con Hudson, y le explicaré todo esto. Es posible que estemos en el buen camino.

Sin esperar a que Tessie hablase, abandonó la cocina.

Pero no se encaminó a establecer contacto con Tom Hudson.

Antes tenía que hallar, a toda costa, a Julie.

Y. poseía el vago presentimiento de saber dónde encontrarla.

Junto al degollado Rolf Kruger.

Lorimer no se equivocó.

Abrió la puerta del dormitorio de Kruger sigilosamente, después de asegurarse de que no había sido seguido hasta allí. Julie Kester se encontraba junto al lecho y miraba fijamente, como fascinada, el cadáver, con la garganta abierta, del alemán.

Igual que cuando lo vio por primera vez.

Encima de la mesa ratona, situada a los pies de la cama, se hallaba una bandeja con algunos alimentos.

Keith avanzó hasta la chica y posó las manos sobre sus hombros.

—Nada conseguirás torturándote, Julie.

Sintió bajo sus palmas el brusco estremecimiento que sufrió el cuerpo de ella y, acto seguido, se giró, mirándolo, con los ojos rasos de lágrimas.

Estuvo unos instantes en aquella postura y, finalmente, brotó un sollozo de sus labios y buscó refugio en los brazos del joven.

Keith la estrechó contra su pecho y acarició, en torpe gesto, los negros y suaves cabellos de Julie. Ésta Doró mansamente durante unos minutos, y el joven sintió que la sangre corría, tumultuosa, por sus venas, al contacto del juvenil cuerpo.

Esperó pacientemente a que la chica dejase de Horas y, cuando la consideró calmada, le sujetó la barbilla con los dedos, obligándola a levantar la cabeza.

—No podemos devolverle la vida, Julie.

Ella intentó secarse las lágrimas que habían corrido por sus mejillas con el dorso de la mano. La ayudó Lorimer, empleando el faldón de su camisa, y se disculpó:

—Perdona. No tengo un pañuelo a mano.

—Nos apreciábamos mucho mutuamente, Keith —hipó Julie con un hilo de voz—. Era..., era un buen hombre, y no tenían derecho a matarle.

—Nadie tiene derecho a matar, Julie. Si te sirve de consuelo, te diré que el asesino de Rolf está a punto de pagar su crimen. Vamos a descubrirlo entre tú y yo.

Ella lo miró sin comprender.

Lorimer la apartó suavemente del lecho y, lo mismo que hiciera

la noche antes, la situó de forma que no pudiese ver el siniestro espectáculo que presentaba Kruger.

Julie estaba a punto de romper de nuevo en —sollozos,
—¡Oh, Keith!

El joven la enlazó por la cintura y se inclinó, besándola en los labios con ternura.

Julie le pasó los brazos por el cuello, y respondió a la caricia de forma desesperada, como un náufrago que se aferra a una tabla que puede salvarle la vida. En aquellos instantes, era tan sólo una desvalida muchacha, ansiosa de cariño.

Lorimer la separó de él con suavidad.

—Vamos, Julie, trata de calmarte —dijo con voz súbitamente enronquecida—. Necesito tu ayuda, cariño.

La muchacha logró dominarse, haciendo un visible esfuerzo y, tras una pausa, preguntó:

—¿Sabes ya quién lo hizo, Keith?

—Lo sabré después de hablar contigo, Julie.

Ella arqueó las cejas, sorprendida/

—No entiendo...

Lorimer la sujetó por los brazos, y la miró al fondo de los ojos.

—Tan sólo tienes que responder a mis preguntas, cariño. Sólo eso, y tendremos a la persona que cometió ambos crímenes. ¿Te encontrabas en el salón, mientras Kruger y yo hablábamos junto al cuerpo sin vida de Glen Browne?

Ella asintió, musitando:

—Sí, Keith.

—Muy bien —aprobó él—. Allí os encontrabais todos, mirando por los ventanales hacia el campo de minigolf, ¿verdad?

—Sí, Keith. Estábamos aterrados por lo ocurrido y...

—Faltaba uno de los invitados, Julie —atajó Lorimer, hablando con firmeza—. Una de las personas de Villa Edén no se hallaba, en aquellos momentos, con vosotros, Julie.

La chica lo miró, cada vez más extrañada.

—A mí me pareció que estábamos todos, Keith.

—Lógico —reconoció él—. Te encontrabas profundamente afectada por lo sucedido, igual que los demás. Sin embargo, insisto en que faltaba uno de ellos. Tienes que hacer un esfuerzo, y recordarlo, Julie. Es la clave de todo.

La muchacha permaneció unos minutos en actitud pensativa, tratando de recordar lo ocurrido la noche antes. Se veía, por su rostro, que estaba haciendo un tremendo esfuerzo.

—Piensa en ellos, uno a uno, Julie —recomendó Lorimer—. Glen estaba muerto, y Kruger y yo nos encontrábamos en el exterior. Sólo tienes que concentrarte en las once personas restantes. Intenta recordarlas, una a una. Despacio, cariño.

De repente, el rostro de Julie se iluminó. —¡Tienes razón, Keith! — exclamó, aliviada—. Ahora recuerdo que vi descender del piso superior a...

Keith adelantó la mano, y la posó sobre sus labios. —No pronuncies el nombre, Julie— pidió, con cierta excitación—. Deseo comprobar si mi teoría es buena. Yo diré el nombre, y tú responderás sí o no. ¿De acuerdo?

Julie movió la cabeza, en sentido afirmativo.

Lorimer pronunció un nombre, y Julie volvió a sacudir la cabeza, murmurando:

—Sí, Keith. ¿Lo sabías ya?

—Tenía mis dudas, pero tú las has disipado —sonrió él—. Ahora sólo falta una pieza del *puzzle*, y es posible que Tom me la aclare. Vamos.

—¿Adónde, Keith?

—Quiero que no te separes de mi lado hasta que todo concluya. Voy a charlar con mi jefe, por teléfono.

CAPÍTULO XI

Cuando tuvo a Hudson al otro extremo del hilo, empezó diciendo Lorimer:

—¿Qué tal la entrevista con el senador Kester, Tom? Hudson soltó una imprecación.

—Maldito seas, Keith. Me has hecho volar más de dos horas en helicóptero para poder entrevistarme con él. Y lo peor es que no ha servido para nada.

Sonriendo, recomendó Lorimer:

—Procura moderar tu lenguaje, Tom. Te advierto que su hija, Julie, se encuentra aquí, a mi lado, y a lo mejor no le gusta escuchar cosas desagradables de su padre.

Después de un corto silencio, explicó Hudson:

—El senador me recibió muy correctamente. Me costó un gran esfuerzo convencerlo de que nada tenemos que ver con el Servicio de Inmigración. También tuve que decirle que lo que hablásemos él y yo no trascendería más allá de mi jurisdicción. Además; no existe nada fraudulento en su amistad con Rolf Kruger. Por lo menos, que se pueda demostrar.

—Al grano, Tom, infiernos.

—¿Se está quemando la casa, Keith?

—¿Qué te dijo respecto a Kruger?

—Exactamente lo que ya sabemos, muchacho. Su nombre verdadero, que fue cabo durante la guerra, que odiaba profundamente a los de la SS, y ninguna cosa más. —Hudson hizo una corta pausa, y agregó, irónico—:

—Bueno, también dijo que sospechaba que Kruger entró en Estados Unidos de forma ilegal, pero ese asunto no era de su incumbencia.

Lorimer se tironeó la patilla, meditabundo.

—Poca cosa es ésa, Tom.

La voz del inspector se dejó escuchar, sardónico:

—¿Quieres que vaya, y te resuelva el caso, Keith?

—Quiero que la próxima vez no hagamos el canelo lastimosamente, como en esta ocasión, Tom. —¿A qué te refieres?

—Todo eso de un antiguo oficial de la SS a punto de ser asesinado por un fanático del Servicio de Inteligencia israelí, ha sido un cuento tártaro, jefe.

—¿Qué?

—Lo que oyes, Tom.

—¡Escucha, tío listorro! —Ladró, encrespado, Hudson—. Nuestra Oficina Central se encargó de verificar, con toda serie de detalles, la confidencia recibida del asunto, ¿comprendes? Existe el alemán llamado Peter Weser, y fue miembro de la SS, durante la guerra. ¿Puedes meterte eso en la cabeza? En estos momentos, ese fulano se encuentra en Estados Unidos. Nos consta.

Lorimer guardó silencio largo rato, después de las últimas palabras del inspector. Estaba dándole vueltas en la mente a todo aquello, intentando encontrar una explicación lógica.

Al prolongarse su mutismo, inquirió Hudson, por el auricular:

—¡Eh, Keith! ¿Te has dormido?

—Estoy aquí, Tom —respondió el joven, saliendo de su abstracción—. ¿Tienes algo más que comunicarme?

—Sí, muchacho —dijo Hudson—. Se me olvidaba, con lo concerniente al senador. Puedes descartar al agente de Bolsa neoyorkino, Phil Dalton. Es imposible que sea Peter Weser, ya que jamás estuvo en Alemania. Hemos podido averiguar su pasado, y todo está diáfano como...

—¡Un momento, Tom! ¿Estás seguro de eso?

—Naturalmente, ¿por qué?

—Entonces, voy a comunicarte algo que posiblemente te defraudará, amigo Tom —dijo Lorimer, componiendo una mueca de satisfacción—. ¿Sigues el FBI interesado en localizar a Weser?

—¿Estás chiflado, Keith? —Gruñó Hudson—. ¿Para qué crees que te envié ahí? ¡Desde luego que nos interesa Weser!

Lorimer dejó transcurrir unos segundos, y luego anunció, con entonación enfática:

—Pues te aseguro que Peter Weser no se encuentra en Villa Edén, jefe.

—¿Qué estás diciendo?

—Que, desde el principio, hemos buscado en el sitio equivocado. Debimos hacerlo en los domicilios particulares de los principales sospechosos. Es decir; en los que tienen más de cincuenta años. Puedes venirte para arriba, y te entregaré al culpable para que puedas pavonearte de tu agente Keith Lorimer, Tom.

—Escucha, Keith, si se trata de una de tus bromas...

Sin prestarle atención, siguió Lorimer:

—Pero antes de subir, da la orden de que registren los domicilios de Phil Dalton, Archie Russell, y sobre todo, el de Marcus Nolan. En una de esas viviendas es posible que encuentres a tu Peter Weser.

—¿Te has vuelto loco, Keith? Necesito una orden judicial para...

—¡Al diablo las órdenes judiciales, Tom! ¿Quieres atrapar a Weser, sí o no? —Hombre, sí, pero...

Julie estaba mirando, en aquellos instantes, hacia la puerta del dormitorio, y observó que el pomo comenzaba a girar lentamente. Tocó en el hombro a Keith, haciéndole una indicación.

Lorimer siguió con la mirada la dirección que le marcaba la muchacha, y dijo con rapidez a Hudson:

—No puedo seguir hablando, Tom. Vente para arriba.

Acto seguido, colgó el auricular y se puso en pie.

Masculló una maldición % entre dientes, por haberse dejado robar el revólver, que ahora iba a necesitar. La puerta tenía el pestillo echado por el interior, y la persona que intentaba entrar no podría hacerlo. A menos que él le facilitara el camino, claro.

Tomando una súbita decisión, se aproximó, sin hacer ruido, a la madera, y descorrió el pestiño cautelosamente.

Entonces se abrió en la puerta una rendija, y Lorimer tiró bruscamente de ella.

En el hueco, se quedó momentáneamente sorprendida Tessie Larson, sosteniendo una automática en la diestra. No le dio tiempo a reponerse, el joven.

Aferrando la muñeca femenina, la retorció sin compasión hasta que la anfitriona de Villa Edén alejó caer el arma, y de sus labios se escapaba un grito.

Tiró de ella hacia el interior cerró la puerta.

Tessie se debatió como una pantera, entre los brazos del agente, que intentaba inmovilizarla.

Lorimer no podía conseguir adueñarse de la situación y, al tiempo que disparaba el puño derecho, comentó, apenado:

—Lo siento, nena.

Alcanzada en el mentón, cayó semidesvanecida Tessie Larson, sobre la alfombra.

Julie había recogido del suelo la automática, y se la tendió a Keith, en silencio.

Insertándola en la cintura, dijo Lorimer a la que comenzaba a recuperarse, y lo miraba con odio infinito plasmado en las pupilas:

—También tenías el teléfono interceptado, ¿eh, Tess? —Eres un perro bastardo, Keith— escupió Tessie Larson, con el rostro desfigurado, perdida toda belleza.

—Es posible, encanto, es posible. Pero tú vas a tener que explicamos muchas cosas interesantes. Ahora, si quieres empezar a colaborar, puedes decirme dónde se encuentran Peter Weser y el oro. Tessie compuso una mueca despectiva. —Vete al diablo.

—No, encanto, no —sonrió Lorimer—. Te dejaré bien atadita, en compañía de Julie, y después, pienso bajar al piso inferior. Quiero dar una sorpresa a otra persona que tú conoces.

CAPÍTULO XII

Keith Lorimer descendió la escalera que conducía al salón principal, y observó que todos los invitados se hallaban reunidos en él. Las miradas se clavaron en el agente, mientras bajaba. Posiblemente, escucharon rumor de lucha arriba, pero ninguno se atrevió a subir.

Se detuvo Keith en los últimos escalones, y desparramó la mirada por los presentes.

—Pertenezco al FBI, señores —anunció, sin rodeos—. Me encuentro aquí por una cuestión que acaba, de resolverse. Lamento que se haya interrumpido el fin de semana para ustedes, y deban regresar a sus hogares, sin terminar de disfrutarlo.

Muchos ojos le contemplaban, atónitos. Y comprobó Lorimer que un rostro palidecía intensamente.

—Ahora, deseo que salgan al exterior de la vivienda, y aguarden —continuó diciendo—. Pero no traten de escapar porque sería inútil. La colina se encuentra rodeada por mis compañeros, y en unos minutos estarán aquí.

Hubo un largo silencio, entre los reunidos.

El primero en reaccionar fue Gilbert Bioff, que se aproximó al final de la escalera, y clavó una dura mirada en Keith.

—Escucha, amigo, me tiene sin cuidado que seas del FBI o no. Soy un ciudadano, de Estados Unidos, y conozco mis derechos.

—Nada tenemos contra ti, Gilbert —respondió, tranquilo, Lorimer—. Pero aguardarás en el exterior, con los demás. El inspector Hudson está al llegar.

—¿Y si me niego?

Lorimer sonrió ácidamente.

—Te encontrarán en el camino, y te obligarán a regresar. Es tonto que lo hagas, ¿no?

Archie Russell se pasó la lengua por los labios, e inquirió, tenso:

—¿Debemos esperar en calidad de detenidos, Keith?

—No, Archie —rió, moviendo la cabeza el joven—. Sólo pretendemos la colaboración vuestra, si la estimamos necesaria. Luego, podréis iros de aquí.

El diputado Marcus Nolan se adelantó, hosco el semblante.

—¿Quiere mostrarme su credencial, Lorimer?

—No la llevo encima, señor Nolan.

—En ese caso... ¿cómo podemos saber que está diciendo la verdad?

—Cuando llegue mi jefe, el inspector Tom Hudson, quedará suficientemente demostrado. Y ahora, si son tan amables, les ruego que esperen paseando fuera.

Alguno más quiso protestar, pero les atajó Keith, con un ademán...

—Por favor. Tendrán tiempo de presentar sus quejas, después. Ante el inspector Hudson.

Poco a poco, los invitados fueron abandonando lentamente el salón, y saliendo al exterior.

Dinah Brook también iba a hacerlo, cuando Keith se plantó a su lado en dos zancadas, y la sujetó por el codo. Ella giró la cabeza, sorprendida, y el joven musito junto a su oído:

—¿De veras no quieres quedarte aquí, Dinah?

La pequeña rubia acabó de darse la vuelta, y sonrió, algo nerviosa, mirando a los ojos de Lorimer.

—¿De verdad eres del FBI, Keith?

El agente esperó a quedarse a solas con ella, y entonces sacudió la cabeza, componiendo una mueca irónica.

—Eso es, Dinah. ¿No lo sabías?

—¿Por qué habría de saberlo?

—Porque voy a de tenerte, acusada de asesinato, Dinah. Y no me digas que te sorprendes, nena.

El color había huido repentinamente del rostro de la chica. Hizo un brusco movimiento, tratando de soltarse, pero Keith apretó con más fuerza el codo femenino.

—A estas alturas, es idiota que pretendas escapar, Dinah.

Las pupilas de la pequeña mujer fulguraron, coléricas.

—No puedes probar nada, Keith.

—¿Eso supones? El fiscal sólo tendrá que reunir unos cuantos datos para conseguir vuestra condena, Dinah. Una confesión espontánea puede influir en tu favor.

Ella lo miró, sarcástica.

—¿Me crees una imbécil, Keith?

—No, nena, sólo una mujer codiciosa y llena de caprichos caros. ¿Por qué tenía que morir Glen Browne, Dinah?

—No conseguirás hacerme hablar, Keith. Pierdes el tiempo.

En aquel momento, se escuchó un chirrido de frenos en el exterior, y enseguida apareció el robusto inspector Hudson en la puerta, avanzando a paso de carga.

Se plantó ante Keith, y lo miró fijo al rostro.

—¿Y bien, muchacho?

Lorimer indicó a Dinah, con un leve gesto.

—Aquí tienes a una de las asesinas, Tom. Su cómplice, Tessie Larson, se encuentra en el piso alto, custodiada por Julie Kester. Puedes ordenar a los chicos que se las lleven.

Hudson lo miró, receloso.

—Supongo que habrán pruebas suficientes, ¿eh, Keith?

—Sobradas, Tom. Ellas mismas acabarán confesando, ante las aplastantes evidencias.

Un agente, que vino en compañía de Hudson, se llevó a Dinah Brook hacia uno de los coches, y otro subió al piso alto, en busca de Tessie y Julie.

Otro de los federales apareció en la puerta, acompañado del diputado Marcus Nolan, cuyo semblante estaba macilento. Avanzó irnos pasos, indeciso, y terminó diciendo:

—Tengo que hablar con ustedes.

Fue Keith el que invitó, sonriente:

—Adelante, violan, puede contarnos todo lo que sepa del ex teniente Peter Weser. Nolan abrió mucho los ojos, sorprendido. — ¿Lo sabía, Lorimer?

—No, diputado, sólo lo sospechaba. Ahora, usted mismo se ha encargado de confirmar mis sospechas.

Marcus Nolan carraspeó, aclarándose la garganta y mirando alternativamente a Hudson y Lorimer, comenzó a explicar pausadamente, como si meditara cada palabra, antes de pronunciarla:

—La verdad es que Peter Weser está harto de huir, señores —dijo—. Lleva casi treinta años haciéndolo. Ha pasado gran parte de su vida en Sudamérica, huyendo continuamente de los agentes israelíes. Lo han perseguido con saña, y lo curioso del caso es... que Peter Weser salvó a muchos judíos de morir, en los campos de exterminio. Yo le conocí en unas vacaciones que pasé en Buenos Aires. Hace ocho años. Peter no podía sentirse seguro en Argentina porque los judíos habían centrado la búsqueda de los antiguos miembros de la SS en aquella nación. Me compadecí de él porque es un buen hombre y, desde entonces, lo oculto en una de mis propiedades. Está en una cabaña de pesca que poseo junto al Loup River, en Fullerton. Se sentirá aliviado de entregarse a ustedes, y estará a salvo de los fanáticos israelíes como Tessie Larson y Dinah Brook. No puede ser considerado como un criminal de guerra, ya que salvó la vida a muchos judíos.

Hudson dejó pasar unos segundos, cuando Nolan hubo terminado de hablar, y luego inquirió:

—¿Enviaron ustedes el anónimo a la Oficina Central del FBI, Nolan?

El diputado asintió, desalentado.

—Sabíamos que habían vuelto a encontrar su pista, y que en Villa Edén se encontrarían varios agentes del Servicio de Inteligencia de Israel, para ultimar el plan de caza respecto a Peter. Enviamos fotocopias de los documentos que posee él a las oficinas del FBI, en Washington. Era una forma de conseguir que ustedes actuasen y descubriesen a esa gente, ~sin escrúpulos. Así se interrumpiría la cacería.

Lorimer lo miró, risueño.

—¿De verdad cree que Tessie y Dinah pertenecen al Servicio Secreto israelí, diputado Nolan?

Marcus Nolan arqueó las cejas, sorprendido.

—Supongo que sí. Ustedes las han detenido, ¿no?

Keith chasqueó la lengua, denegando, reprobativo:

—Vamos, vamos, Nolan; debería ser más franco con nosotros, y contarnos toda la verdad del caso. Y por favor, no trate de aparecer como un bienhechor de Weser.

Nolan se hallaba cada vez más perplejo.

—No comprendo...

—Me comprende perfectamente, diputado Nolan —interrumpió Lorimer—. Toda la historia que nos ha contado es verídica, pero sólo en parte. ¿Por qué no nos habla del oro que Peter Weser consiguió sacar de Alemania, antes de su huida a Sudamérica? Lo está compartiendo con usted, a cambio del refugio que le ofrece, ¿no? También puede hablarnos del acuerdo que concretaron en Buenos Aires, hace ocho años. De la forma que se valió para introducirlo en Estados Unidos. De cómo cometió el error de dejar que Rolf Kruger pudiese verlo, sabiendo que éste era también alemán, y podía reconocerlo.

—Yo no sabía que Geo...

La protesta de Nolan había surgido espontánea. Comprendió que él mismo acababa de delatarse demasiado tarde, y se mordió el labio inferior, súbitamente pálido. La piel de su rostro adquirió un tono lechoso, macilento.

Hundió los hombros, y pareció envejecer quince años de golpe.

Lorimer continuó diciendo:

—También puede explicarnos el ofrecimiento que les hizo Glen Browne de delatar a Tess y Dinah, por un buen puñado de dólares, Nolan.

CAPÍTULO III

En el despacho de Hudson se encontraban reunidos Keith Lorimer, el teniente Scott, de la Criminal, y el propio Tom. Sentado en uno de los sillones, explicaba Lorimer:

—Hasta la confesión completa de Marcus Nolan, todo fueron conjeturas. Con base firme y llenas de aplastante lógica, pero conjeturas, a fin de cuentas. Debo admitir que, al perder Tessie Larson el dominio sobre sí misma, y aparecer en mi dormitorio, dispuesta a liquidarme, se confirmaron todas mis sospechas.

Tom Hudson gruñó:

—Supongo que antes ya observarías detalles que te hicieron sospechar de ella, ¿no?

—Desde luego, Tom. Todo empezó a encajar a raíz de descubrir el micrófono en el campo de minigolf. Alguien había escuchado mi conversación con Kruger, en unos momentos en que lo lógico era permanecer junto a los ventanales. Todos se hallaban consternados por la muerte de Glen. Excepto el asesino, claro. Cuando Julie me comunicó que Tessie no se encontraba junto a ellos, supe quién escuchó mi conversación con Kruger. Luego, observé un extraño nerviosismo en Dinah Brook. Ella quiso retenerme en su habitación mientras Tessie llevaba a cabo los preparativos para liquidar a Browne.

Lorimer hizo una pequeña pausa, y pidió el teniente Scott:

—Siga, Lorimer.

—Luego, sucedió otra cosa que me llamó la atención. Ayer por la mañana, cuando se descubrió la desaparición del cadáver de Browne, nos encontrábamos todos reunidos en el salón, a excepción de Geo Duncan, que ya estaba muerto, Kirk Travis y los Nolan. Tessie se hallaba allí, y preguntó por Geo. Precisamente por él,

cuando también faltaban Travis y los Nolan. Por último, está su insistencia en hacer recaer las sospechas sobre Phil Dalton. Por eso, al comunicarme tú que Dalton quedaba descartado de ser Weser, lo vi todo claro. Me consta que Tessie Larson se encargó de eliminar a Browne, porque quizá descubrieron que las había delatado, o simplemente porque les dijo que se volvía atrás, y ellas no quisieron creerlo. Pero lo que nunca sabremos, a menos que confiesen, es cuál de las dos mató a Kruger. —Eso es lo malo, Keith— masculló Hudson. —Que ambas se niegan a declarar, y disponen de los mejores leguleyos criminalistas del Estado para protegerlas.

El teniente Scott aprobó, cabeceando:

—Nos faltan pruebas concretas, Lorimer.

Keith arrugó el ceño, no queriendo dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Van a decirme que pueden escapar impunemente? —Al observar el silencio de los otros, agregó—: ¿Y qué me dicen de la confesión de Nolan? Ha declarado que Tessie, Dinah y Glen estaban confabulados para matar a Weser, y robarle el oro que logró sacar de la Alemania nazi. El propio Browne se entrevistó personalmente con él, y le sacó cincuenta mil dólares, a cambio de relatarle el plan. Posiblemente, el mismo Nolan se encargó de hacer saber a las dos que Browne las había delatado y, de esa forma, conseguir que ellas lo matasen, y pudiesen ser descubiertas por nosotros. Nolan sabía que estaríamos en Villa Edén, por el anónimo que enviaron a la Oficina Central. Es un hombre deshecho, —derrumbado. Si lo interrogamos a fondo, acabará por confesarlo. Ése puede ser un punto firme, ¿no?

—Será la palabra de Marcus Nolan contra la de las chicas, Lorimer —aseveró, dubitativo, Scott—. Me temo que el fiscal las pasará moradas para demostrar, de forma clara, ante el jurado, la culpabilidad de Tessie. Por ahora, de lo único concreto que podemos acusarlas es de amenazar con un arma a un agente del FBI. Sólo eso es positivo. ¡Pero se pueden reunir pruebas suficientes para condenarlas, teniente! —Protestó, indignado, Keith—. Si sólo fuese por el asesinato del vividor Browne, podría ver las cosas de manera distinta. Pero Rolf Kruger era un buen hombre.

No lo dudo, Lorimer —dijo el teniente—: Dígame que móvil podemos presentar para acusar a las dos mujeres que proyectaban

matar a Peter Weser y apoderarse de su oro.

—Eso está claro, teniente —exclamó, con énfasis, Keith—. Se ha comprobado que Tessie no dispone de dinero como aparenta. No podía seguir costearo su tren de vida que llevaba. Dinah Brook es hija de un multimillonario, y su padre le pasaba una asignación con todo y ser elevada, no le alcanzaba para sus múltiples caprichos. Y en cuanto al difunto Glen Browne..., ¿hace falta que se lo diga?

Scott compuso una mueca inexpresiva.

—Será bastante difícil, Lorimer.

Keith le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—¿Seguro que no ha recibido la visita personal del señor Brook, teniente?

Tom Hudson saltó en pie, rojo de ira.

—¡Basta ya, Keith! —Ladró, furioso—. El caso ha dejado de pertenecer a nuestro departamento, por cuanto es un delito federal. Ahora, está en manos de la fiscalía, y son ellos los encargados de demostrar la culpa de Tessie Larson y Dinah Brook. ¿Está claro? Lorimer tenía apretadas las mandíbulas, y no respondió. El teniente Scott se incorporó en su asiento y, antes de dirigirse a la puerta, lanzó una mirada glacial a Lorimer, al tiempo que silabeaba despacio:

—Me ha insultado, y se lo permito porque comprendo que está excitado, pero no vuelva a dudar jamás de mi honradez profesional. Si eso le tranquiliza, puedo asegurarle que haremos todo lo posible por demostrar la culpabilidad de esas dos mujeres. Y lo podrá comprobar personalmente, porque será llamado a declarar en el juicio. Hasta la vista, inspector Hudson.

Scott abandonó, caminando erguido, el despacho.

Al quedar solos, recriminó Tom Hudson:

—No debiste decirlo, Keith.

Lorimer encogió los hombros.

—Lo siento, Tom, reconozco que me dejé llevar por los nervios —después de una breve pausa, inquirid—: ¿A quién se le ocurrió la brillante idea de confiar en Tessie desde el principio, Tom?

—Se indagó en su pasado, y no pudo descubrirse nada turbio en él. Era la anfitriona, y debía saberlo. Eso es todo.

Hubo una nueva pausa, y volvió a romperla Keith, preguntando:

—Así que el asunto ha dejado de estar en nuestras manos, ¿eh?

—Exacto —afirmó Hudson—. La misión que teníamos era localizar y detener a Peter Weser. Y eso lo hemos conseguido, puesto que se encuentra en nuestro poder.

—¿Por qué tanto interés en Weser, Tom?

Hudson levantó los anchos hombros y, después de unos segundos, acabó replicando:

—Eso nunca lo sabremos tú y yo, Keith. Recibimos una orden, y la cumplimos sin preguntar. Los motivos, deben conocerlos nuestros jefes, y nadie más.

Lorimer asintió, ceñudo:

—Comprendo.

—Tienes derecho a una semana de vacaciones, muchacho.

Keith levantó la cabeza, y rió, sarcástico.

—¿Sólo una semana? Estoy harto de esta absurda ley a la que defendemos, Tom. Sigue guardando mi dimisión en el cajón de tu mesa y, dentro de unos días, te comunicar si debes darle curso, con carácter irrevocable ¿estamos? Escucha, Keith...

Que duermas mucho, Tom.

Y Lorimer abandonó el despacho, sin querer escuchar las palabras persuasivas del inspector Hudson.

CAPÍTULO XIV

Julie Kester abrió la puerta de su apartamento, y Keith Lorimer curvó los labios, dejando escapar un modulado silbido de admiración.

Ella vestía una faldita corta y un jersey, que modelaban perfectamente su espléndida figura. Sonrió de forma encantadora, haciéndose a un lado para que el joven penetrara.

Apoyando la espalda en la puerta cerrada, preguntó ella:

—¿*Whisky* o *brandy*, Keith?

—Ninguna de las dos cosas, cariño. Sólo besos a granel.

Mirándolo a los ojos, preguntó Julie, repentinamente grave:

—¿Asunto concluido, Keith?

—Por lo que a mí respecta, archivado y olvidado. No entra dentro de mi jurisdicción. Ahora, es la policía quien se encarga de todo, y de veras que, en parte, lo celebro.

—Keith...

—¿Sí?

—¿Tú crees que mi padre puede verse envuelto en el escándalo?

El joven hizo un ademán, como si aventara viento con ambas manos extendidas.

—Ni siquiera pienses en ello, nena. Tu padre es demasiado inteligente para haber cometido directamente un acto delictivo o estúpido, que pueda comprar la conversación que sostuve con Tom Hudson fue confidencial, y no constará en ningún informe. Me lo ha prometido Tom. Tu padre es nada menos que un senador de los Estados Unidos de América, nena. Casi me siento impresionado.

Julie sonrió ahora abiertamente, acercándose a él.

—¿Por qué, Keith?

—¿Crees que le agraderá tener por yerno a un simple agente del

FBI? Lo digo porque Tom tiene en su cajón.

Poniendo la mano sobre sus labios, le interrumpió Julie.

—Soy mayor de edad, Keith.

—¿Y qué?

—Que ese asunto debes discutirlo conmigo, ¿no crees?

Keith Lorimer se inclinó, enlazándola por la cintura, y aplastó la boca en los trémulos labios femeninos.

Por la forma en que Julie se colgó de su cuello, poniendo apasionada al largo beso, comprendió Keith que no habría nada que discutir del asunto.

Estaba decidido.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.